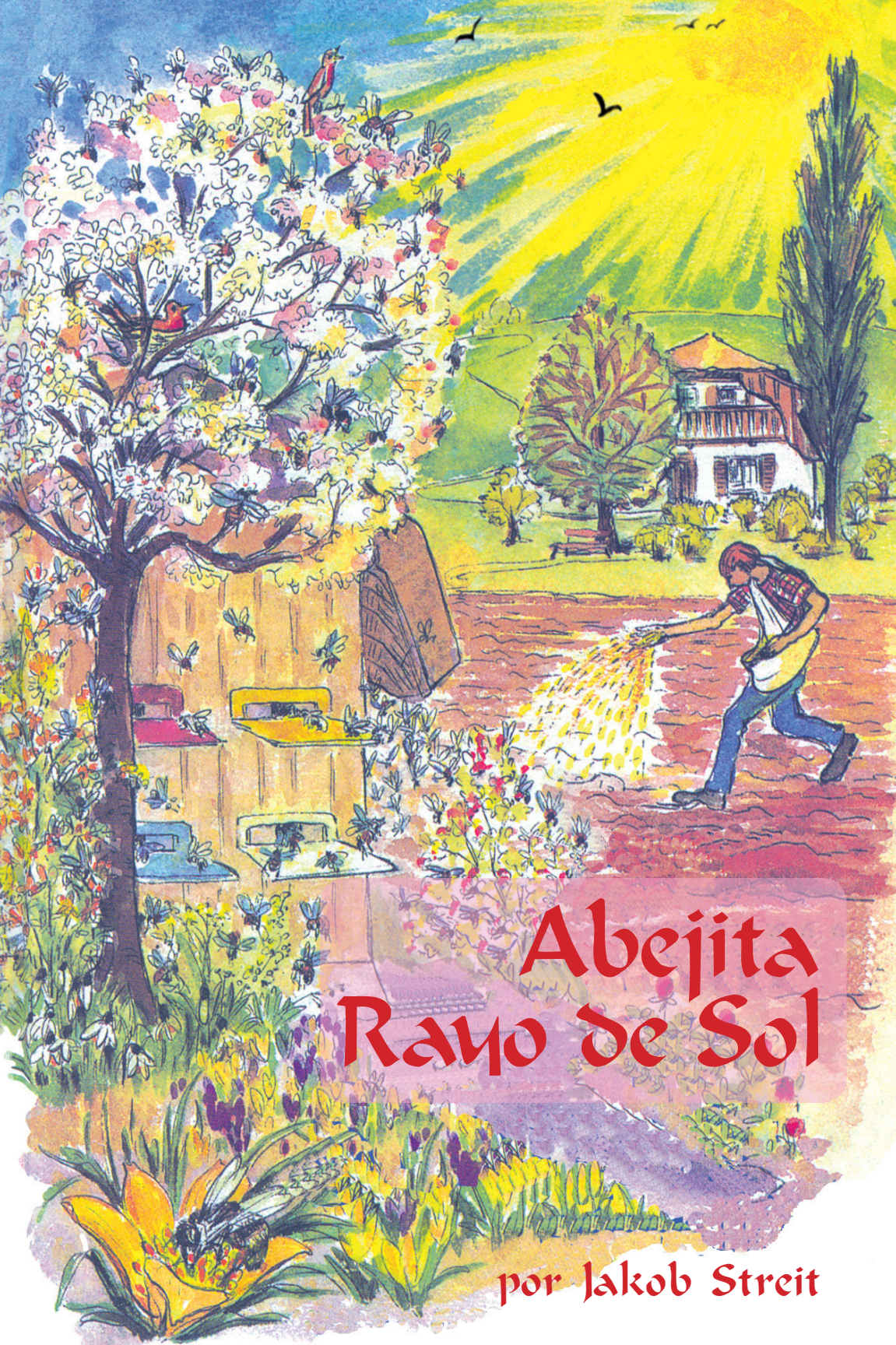


Abejita Rayo de Sol

por Jakob Streit

Abejita Rayo de Sol

por

JAKOB STREIT

Ilustrado por Verena Knobel

Traducido del alemán al inglés por Nina Kuettel

Waldorf PUBLICATIONS

Impreso con el apoyo del Waldorf Curriculum Fund

Publicado por:
Waldorf Publications at the
Research Institute for Waldorf Education
38 Main Street
Chatham, NY 12037

Título: *Abejita Rayo de Sol*
Autor: Jakob Streit
Traducido del alemán: Nina Kuettel
Traducido del inglés: Jaqueline Robinson
Editor del español: Luz Elena Vargas
Ilustrado por: Verena Knobel
Editor del inglés: David Mitchell
Diseño Ann Erwin
© 2010 por AWSNA
ISBN # 978-1-888365-98-6
Título alemán: *Kleine Biene Sonnen strahl*
ISBN: 978-3-7725-0688-8

Contenido

El despertar 7
Se abre la piquera 12
La colmena está lista para la primavera. 17
Una aventura en el avellano 27
Un suceso feliz 31
La muerte de la abeja Alta 39
Al cuidado de las cunas de las abejas 42
Un vistazo al mundo 44
Un trabajo peculiar 49
La casa de la Princesa. 54
Muchos peligros 61
¡A descubrir el mundo!. 65
Un encuentro con las personas 70
La noche en el bosque 75
Los pinos reciben el día 83
Un mensaje importante. 88
La Reina emprende el vuelo. 90
¿Quíen hallará una casa? 95
Una aventura en el árbol de tilo 97
Una alegre bienvenida 103





El Despertar

Es invierno. La colonia de abejas descansa tranquilamente, en un sueño profundo, en su pequeña casa. La Reina duerme rodeada por su colonia. Sus fieles sirvientes duermen muy cerca de ella. Las abejas guardianas, que alejan a las avispas de la entrada de la colmena en el verano, duermen también. Las abejas mieleras y las abejas constructoras, que han construido con cera las miles de cámaras de la colmena, duermen. Todo está tranquilo, tanto dentro de la colmena como en el exterior, donde los copos de nieve caen suavemente.

Un día, algo cercano a la Reina empieza a moverse. Es una abeja que despierta. La abeja gira lentamente la cabeza e intenta mover sus patas, sin mucho éxito. No cabe duda de que aún está demasiado entumecida por el frío del invierno. Es la abeja Abelia, una fiel servidora de la Reina, que despierta en el centro de la colonia. Después de algunos intentos, Abelia, finalmente, logra estirar sus antenas, con las que lentamente busca a la Reina durmiente. Con mucha suavidad, toca con ellas el delicado cuerpo real y murmura para sí: "La Reina necesita miel para comer. Su cuerpo se siente frío".

Abelia intenta abrirse camino hacia las cámaras de miel, pero las abejas dormidas que rodean a la Reina para protegerla del frío del invierno le impiden pasar. Todas las abejas están acurrucadas, como adheridas entre sí. Abelia presiona y empuja para abrirse paso entre las abejas dormidas. Necesita mucha fuerza para apartar a las abejas del camino.

"Hay que hacerlo," murmura Abelia. "De lo contrario, la Reina podría morir de hambre."

Abelia es una abeja ingeniosa y experimentada. Sabe que las cámaras llenas de miel están a una distancia considerable, ya que, durante el invierno, la colmena ha estado consumiendo primero la miel de las cámaras más cercanas y luego la miel de las más alejadas. Tiene que obtener la miel a como dé lugar. Se arrastra sobre sus patas temblorosas. Exhausta, hace una pausa. "Ya no puedo más, ya no puedo más. Estoy demasiado anciana y débil. ¡Si mis hermanas tan solo no durmieran tan profundamente! Despertaré a una."

Se arrastra sobre las alas de la siguiente abeja hermana, pero por más que la sacude y la toca, no responde. Las abejas se aferran unas a las otras, rígidas. Abelia avanza hasta una abeja grande y fuerte; es una centinela. Una vez más, prueba despertarla con una sacudida. La centinela gira la cabeza de un lado a otro y pregunta, medio dormida: "¿Qué pasa? ¿Quién me molesta? ¿Ya llegó la primavera?"

Abelia le responde: "Hola, guardiana, ¡despierta! ¡Llévame a las cámaras de miel! ¡Ábreme camino! La Reina necesita

comida y no puedo llegar." Cuando la centinela se percata de que es la Reina la que necesita la miel, despierta enseguida.

"Te sigo," Abelia le dice segura. Con la cabeza por delante, la abeja guardiana empuja y aparta con fuerza a las abejas dormidas, y así abre un sendero para las dos. Abelia sigue empujando detrás de ella. Finalmente, llegan a las cámaras de miel. Abelia huele la miel de flor de tilo y la sorbe hasta que se llena. La guardiana también aprovecha para beber unas gotas.

"¡Uf! ¡Qué frío hace aquí en las cámaras de miel! Rápido, de regreso adonde duermen las demás, de lo contrario, ¡nuestras patas se paralizarán!" Se dan la vuelta para regresar, la guardiana al frente. "¡Cuidado!" advierte Abelia. "Pronto llegaremos al centro donde se encuentra la Reina. Cuida de no chocar con ella."

La centinela se detiene y le pregunta: "Abelia, usted que es anciana y sabia, dígame, ¿cómo es que la miel nos calienta? Cuando la bebemos, está bastante fría."

Abelia sonríe y le explica: "Verás, en el verano, las copas de flores beben los cálidos rayos de sol. Eso es lo que se encuentra en nuestra miel. Es el sol fundido, por eso nos calienta.

Cuando llegan con la Reina, Abelia sube con cuidado a su cuerpo, a la altura de sus alas, y deja caer desde su probóscide una gota de miel. La Reina, medio dormida, bebe la gota de miel de la flor del tilo, luego una segunda y segundos después, una tercera gota. Levanta sus diminutas alas de manera casi imperceptible, como en señal de agradecimiento. Con el calor del sol, la miel calienta por completo el cuerpo de la Reina.

Justo cuando Abelia quiere volver a dormirse, algo camina por encima de su cabeza. Es Sonia, su joven hermana, que busca a tientas con sus antenas a Abelia para ver si está despierta y hablar con ella: "Querida hermana, no te molestes conmigo porque no te dejo dormir. Desperté hace un momento, cuando me rozaste al pasar a mi lado. Dime, ¿ya llegó la primavera? ¿Podremos volar pronto hacia fuera? Me gustaría mucho ir al tablero de aterrizaje y ver si el mundo de fuera ya está vestido de verde."

Abelia le responde: "Creo que aún no concluye el invierno. Hace rato, en las cámaras de miel, casi me congelo por el frío. Ten cuidado si quieres asomarte por la piquera. Seguramente el Dragón del Invierno sigue posado sobre la Tierra y su soplo de muerte sigue actuando."

"Regresaré pronto," le dice Sonia, "y te contaré cómo está todo fuera."

Sonia se escabulle hasta la piquera de la colmena, que se encuentra ligeramente abierta durante el invierno para que el aire fresco pueda entrar, y aunque una brisa helada sopla hacia Sonia desde la entrada, la joven abeja, sin darle importancia, y atraviesa la piquera. Afuera, el mundo sigue vestido de blanco y está dormido. Los árboles extienden sus ramas desnudas hacia el cielo. Dos cuervos negros sobrevuelan el campo sin hacer ruido.

De repente, Sonia se siente muy extraña: quiere levantar una pata, pero no puede; quiere mover sus alas, pero están paralizadas. Sólo puede mover sus antenas, y apenas si lo

logra. ¿Ha caído bajo el hechizo del Dragón del Invierno? Intenta llamar a Abelia, pero no puede emitir el mínimo sonido. Al cabo de un rato, tampoco puede mover sus antenas y su cuerpo entero se ha vuelto tan duro como el vidrio.

En el interior de la colmena, Abelia se está quedando dormida... súbitamente, despierta sobresaltada. "¿Dónde está Sonia? ¿Aún no regresa?" Va apresuradamente a la entrada y sale al tablero de aterrizaje. Allí encuentra a su hermana, completamente congelada y rígida. El viento invernal empieza a afectar también las extremidades de Abelia. Sin dilación, toma a Sonia y la arrastra hacia dentro, más y más adentro, hasta llegar al centro de la colonia, donde está la Reina y hay más calor. Ahora frota el cuerpo paralizado.

¡Por fin! Sonia comienza a mover sus antenas y, poco a poco, sus patas delanteras también. "Muchas gracias, querida Abelia," susurra Sonia. "Me has liberado del hechizo del Dragón del Invierno."

Abelia le ofrece una pequeña gota de miel solar y le dice: "¡Todavía no es momento de salir! ¡Ve a dormir, Sonia! Cuando las flores de campanilla tintineen y los primeros crocos aparezcan, se abrirá la puerta de la primavera y entonces: ¡podrás volar hacia el mundo!"



Se Abre la Píquera

Comienza el mes de marzo. Sonia está despierta; frota su pequeña cabeza con sus patas delanteras y se estira para un lado y luego para el otro. Al moverse así, golpea a su vecina, Abelia, quien hace vibrar sus alas y le pregunta: "Oye, Sonia, ¿por qué te mueves tanto?, ¿no tienes suficiente espacio?"

"¡Lo siento, Abelia! Apenas estoy despertando. ¿Puedes percibir el suave zumbido que recorre nuestra colmena? ¡Seguramente ya llegó la primavera!"

Abelia se detiene a escuchar: "Sí, percibo un sonido sutil, y en algún lugar camina una centinela."

Junto a Abelia, duerme la abeja más vieja de la colonia, la sabia abeja Alta. Para despertarla, Abelia acaricia la frente de Alta con sus antenas y le dice: "Alta, un zumbido terso y constante cunde por la colmena. ¿Lo percibes? La primavera ha llegado a la colonia. ¿Te gustaría despertar a la Reina?"

Alta levanta lentamente la cabeza y ve a Sonia y a Abelia frente a ella. Con una voz débil, susurra: "Sonia, ve a la entrada y asómate. Ve si la hierba blanca de invierno ha desparecido."

Sonia se arrastra hasta la piquera, pero una guardiana fuerte ya está allí, bloqueando el paso. "¡Alto! ¡Nadie sale! La Reina todavía no ha dado permiso de salir.

"¡Solo déjame mirar hacia fuera! Alta me envió. Quiere saber si el verde ha llegado ya al mundo."

La guardiana le responde: "No te dejaré salir. Ve y dile a Alta que el suelo está cubierto todavía de manchones blancos. Aún no aparece la hierba verde."

Enseguida, Sonia regresa con Alta para darle el mensaje. La sabia Alta le comenta a Abelia: "¡Despertemos a la Reina! Ella decidirá si la puerta de entrada puede abrirse."

Alta y Abelia comienzan a acariciar las alas de la Reina suavemente para sacudir el polvo de invierno. La Reina duerme un sueño ligero, para poder despertar de un momento a otro. "Oh, ¿quién acaricia mis alas?" pregunta en voz baja.

"Somos Alta y Abelia, sus fieles asistentes. Su Alteza, se percibe un zumbido por toda la colmena. La centinela dice que ya solo quedan los últimos manchones blancos de invierno. Todo indica que pronto llegará la primavera. Su Alteza, ¿tiene alguna orden para nosotras?"

La Reina pregunta: "¿Ha sonado la flor de campanilla?"

"No sabemos, porque nadie ha salido a volar aún, y como usted sabe, Su Alteza, los primeros vuelos al mundo frío son peligrosos. Su Alteza debe decir a quién quiere mandar."

Con estas palabras, Sonia, con mucha valentía, se acerca a la Reina y le suplica: "Su Alteza, estoy dispuesta a buscar la

pequeña flor de campanilla. No tengo miedo. Soy joven y fuerte, y llevo un tiempo despierta. He logrado pasar el invierno en buena forma." La Reina mira a Alta, quien asiente en silencio.

"Muy bien," dice la Reina. "Que vaya la abeja Sonia. Si la flor de campanilla ya está abierta, trae de vuelta un poco de néctar, como señal de que has estado fuera y todo está bien."

Sonia está tan feliz, que apenas lo puede creer. ¡Ella será la primera en salir al mundo como una enviada de la Reina! ¡El año está comenzando muy bien! Abelia tiene algunas advertencias para ella: Vuela solamente bajo la luz del sol y evita todos los lugares sombreados, porque dondequiera que haya sombra, encontrarás aire frío, como resabio del Dragón del Invierno, que podría matarte.

Cuando Sonia llega a la piquera para salir deprisa, la centinela se planta frente a ella y le exige que se detenga. Con un gruñido zumbador, le dice: "Ya estás de regreso, descarada monstruita, y ni siquiera tienes permiso para salir al mundo. ¡Regresa, regresa, o te morderé una pata!"

"Pero, guardia, la Reina me ha encargado ir a buscar la primera flor de campanilla."

Asombrada, la guardiana adopta una postura más erguida y gruñe. "Muru, muru, muru... no sabía. ¡Pues sal entonces! –y murmura para sí misma–: ¡Todavía es demasiado pronto!"

A punto de salir por la piquera, Sonia se detiene al llegar a la luz, como si la cegara, y se estira, añorando el sol. Siente el viento un poco frío. ¿Me elevarán mis alas, se pregunta,

mientras empieza a batirlas. Aletea. ¡Ahí está! Se eleva en el aire y sobrevuela los manchones blancos. "¡Es nieve! Seguro el Dragón del Invierno la lanzó. ¡No aterrizaré ahí!"

¿Qué es eso? Cerca de un arbusto, alcanza a percibir algo: tlin, tlin, tlin... Sonia sigue el sonido, oteando aquí y allá. A ratos, todo es calma, y luego, otra vez: tlin, tlin, tlin... debajo de un árbol, cerca de los manchones de nieve, una pequeña campanilla se balancea con la brisa. Sonia está feliz, no piensa en el peligro, aun cuando la flor está bajo la sombra de un árbol. Ahora se cuelga del tallo verde y, claro, ahí no encuentra néctar. Sigue deslizándose hasta la campanilla y le hace cosquillas por dentro. Busca y busca con su pequeña lengua hasta que encuentra una diminuta gota de néctar. Oh, ¡qué rico sabe! La álgida brisa le recuerda su misión; sus patas comienzan a negarse a sostenerla. Sonia murmura: "¡Muchas gracias, campanilla querida!"

Cae al suelo; con el último aliento de fuerza, agita rápidamente sus alas. ¡Justo a tiempo! Atrapan el aire y llevan a la pequeña abeja de regreso a la colonia.

La guardiana de la entrada se acerca a Sonia y la olfatea. "Muru Muru... ¡es perfume de campanilla! ¡La campanilla ha despertado! ¡La primavera ha llegado! ¡Pronto, debo ir con el resto de las guardianas y despertarlas a todas!" Rebosante de alegría, se apresura a buscar a sus compañeras durmientes. Al tiempo que las empuja, les grita: "¡Levántense! ¡La campanilla se ha abierto al mundo! ¡Vengan pronto para ayudarme a

custodiar la entrada e impedir que entren moscas, avispas y avispones!"

Las más jóvenes se precipitan a la piquera de la colmena. La Guardia Mayor bosteza y se ríe: "¡Aún hay mucho tiempo! Esos bichos no aparecerán pronto. Una avispa jamás ha visto una campanilla; despiértenme cuando los avellanos hayan comenzado a soltar su polen. La Guardia Mayor recarga la cabeza contra sus patas y se vuelve a dormir.

Mientras tanto, Sonia ha llegado hasta donde la Reina. "Su Alteza, ¡la pequeña campanilla se ha asomado al mundo! Mire, aquí le traigo néctar." Sonia extiende su probóscide con la pequeña gota.

La reina la prueba y le dice: "Las gracias te doy, ¡valiente Sonia! Eres nuestra mensajera de la primavera. Enseguida daré la señal para que toda la colonia despierte. ¡Haremos mejoras a la colmena en este año que comienza!"

Entonces la Reina tararea un suave tu-tu-tu, como si soplara una delicada y pequeña trompeta de plata; le responden miles de zumbidos. El tu-tu viaja de casa en casa, a lo largo de toda la colmena: "¡La primavera ha llegado! ¡La campanilla ya nos regala su tintineo! ¡El césped blanco del invierno se ha derretido! ¡El sol ha vencido al Dragón del Invierno! Se escucha un frenesí de zumbidos y aleteos, pleno de felicidad y de anticipación gozosa.



La Colmena está Lista para la Primavera

Durante el transcurso del largo invierno, algunas abejas exhalaron su último aliento y sus vidas llegaron a su fin. Ahora es momento de limpiar a fondo la colmena: algunas de las abejas obreras limpian las cámaras y los pasadizos; sacan a las abejas muertas. Pasan los días. Los primeros granos de polen y las primeras gotas de néctar de los crocos son llevados a la colmena.

Las abejas obreras han preparado numerosas cámaras en las que la Reina puede poner huevecillos; necesita cientos de cunas vacías. Abelia y Alta asisten a su Reina. Se mueven a su lado, junto con una media docena de abejas doncellas, prodigándole cuidados, mientras ella se dedica a su labor.

La Reina pone los primeros huevecillos: uno en cada cámara. Cuando tiene hambre, sus doncellas le traen pasteles de miel y polen. De repente, una de las doncellas comete un error terrible: cuando la reina pide miel, la diligente abeja corre hacia una pequeña olla que se encuentra ya abierta; sin revisarla, se la entrega a la Reina, pero ¡qué desgracia! Es miel del bosque que se ha agriado. Apenas la Reina ha tomado

un poco, empieza a sentirse mal y se enconcha. Ahora está enferma y no puede poner más huevecillos. Abelia regaña a la descuidada doncella, pero ¿de qué sirve eso? No sanará a la Reina. La sabia abeja Alta sacude la cabeza con tristeza.

Sonia se acerca a ellas y les pregunta: "¿Puedo hacer algo?"

Alta le dice: "Ve a las cámaras de miel y busca la miel de la flor de tilo. Quizá eso ayude a la Reina."

Sonia busca por todas partes. Ahí está la miel del bosque, la de diente de león, la de nomeolvides, más allá la de aspérula olorosa y aquí... ¡la de flor de tilo! Rápidamente succiona unas gotas y las lleva a la Reina. Alta aconseja a la Reina: "Su Alteza, beba un poco de la miel de flor de tilo. Sonia fue a buscarla."

La Reina bebe unas gotas con cuidado, pero su sufrimiento no disminuye. Susurra suavemente: "Sólo hay una cosa que puede ayudarme: la miel de tomillo."

"¡Válgame!" exclama Abelia. "No estoy segura; creo que nos la acabamos durante el otoño, alimentando a las abejas jóvenes. Vamos a ver. Quizá todavía quede un poco."

En las cámaras de miel se emprende una exhaustiva búsqueda, pero no hay ni una sola gota de miel de tomillo. Mientras tanto, Alta ha convocado a un grupo grande de abejas jóvenes para rodear a la Reina y darle calor. Abelia, triste, regresa de la búsqueda y dice: "No hay ni una gota de miel de tomillo en nuestra colmena. Alta, ¡cuida a la Reina! Voy a salir a volar con Sonia. Conozco una roca, que está a la orilla del bosque, en la que florece el tomillo casi todo el año. Tal vez tengamos suerte."

Las dos llegan hasta la piquera y elevan el vuelo en dirección al bosque. Abelia pronto ubica la gran roca y se posa sobre unas pequeñas matas verdes. Susurra: "Esto es tomillo, pero aún no está floreciendo. No podemos extraer néctar para llevar a la Reina." Abatida por la frustración, añade: "¡Si llega a morir...!"

Sonia quiere consolarla, pero no sabe qué hacer. Las dos abejas hermanas recorren la piedra a la orilla del bosque, yendo de un lado a otro, pensando durante un largo rato. Solo un milagro... tal vez el tomillo florezca súbitamente. Finalmente, Sonia deja de moverse: se le ha ocurrido algo y lo comenta con Abelia: "Querida hermana, ¿no podría ir yo a otra colonia de abejas y pedirles miel de tomillo?"

Abelia sacude la cabeza. "Sonia, sabes que las abejas no podemos entrar a otra colmena. Seguramente las guardianas te matarían. Reconocerían inmediatamente tu olor como diferente y se precipitarían sobre ti como si fueras un enemigo. ¡Eso no puede ser! Es demasiado peligroso. Volvamos a casa."

A pesar del peligro, Sonia no desecha su idea. Se dice una y otra vez: "¡Debo hacerlo! ¡Debo hacerlo!"

Regresan a la colmena y le informan a Alta que no tuvieron suerte al buscar el tomilllo. Alta se quebranta."¡Válgame! ¿Qué pasará con nuestra Reina al llegar la mañana? No habrá ingerido alimento alguno."

Sonia habla con Abelia. "Querida hermana, me voy de inmediato. ¡Tú ya sabes a dónde!" Y se aleja antes de que Abelia pueda disuadirla.

La brisa fresca del atardecer sopla al llegar Sonia a la piquera de una colonia vecina. Se posa en la lejana orilla del tablero de aterrizaje y permanece quieta. Se asoma por el orificio para ver si las guardianas están atentas. Una que otra abeja atrasada llega a la colmena. Sonia alcanza a ver la cabeza grande de una abeja guardiana que, desde dentro, se cerciora de que las abejas que entran volando son de la colmena. No hay manera de que Sonia entre a la colmena sin ser vista y sabe que las visitas de forasteros no son bienvenidas. "Debo entrar, aunque me cueste la vida", se dice.

Camina unos pasos. De repente, la guardiana sale a su encuentro y, encarando a Sonia, le espeta: "¿Qué quieres aquí, forastera? Apestas. ¡Aléjate!" Y diciendo esto, le muestra su aguijón.

Sonia retrocede y le dice: "Querida guardiana, no te enojes conmigo."

"¡No soy querida guardiana, soy guardiana feroz!"

"Entonces, escucha, guardiana feroz. Nuestra Reina se está muriendo. Comió miel que le cayó mal. Ahora, te ruego que me permitas ver a tu Reina para pedirle ayuda. Por favor, ve con ella y pregúntale si podría ayudar a una Reina vecina que está enferma."

La guardiana mira con suspicacia a Sonia, pero ahora un poco menos severa. Refunfuña. "¡Espera aquí afuera! Iré a preguntarle a nuestra Reina."

Después de que se aleja, llega una segunda guardiana, aún más cruel. Se lanza rabiosa contra Sonia y la jala por las

alas a la orilla del tablero de aterrizaje. La guardiana piensa que ha logrado lanzar a Sonia por la orilla, pero Sonia cuelga del borde, sosteniéndose con una patita. Ya hace frío. Con la fuerza que le queda, Sonia regresa al tablero de aterrizaje. La guardiana cruel ha desaparecido.

Empieza a hacerse de noche. Finalmente, la primera guardiana regresa a la entrada. "¿Eh? ¿Dónde estás?" pregunta, pues no logra ver claramente si Sonia sigue sobre el tablero.

"Aquí estoy," Sonia responde suavemente. Apenas si logra llegar hasta la guardiana, pues tiene las patas entumecidas, pero la guardiana se acerca a ella.

"Tienes suerte. Ven conmigo." Toma a Sonia por un ala y la jala hacia dentro de la colmena.

De repente, las rodea una multitud de abejas, que gritan alarmadas: "¿Qué apesta? ¿Una abeja salvaje? ¿Una abeja ladrona? ¡Mátenla!"

"¡Deténganse!" grita la guardiana. "Debo llevarla con la Reina, quien la recibirá."

Las abejas con ganas de atacar abren el paso. Pronto, Sonia se encuentra delante de la Reina desconocida. Inclina la cabeza y espera a que la Reina le haga la pregunta. "Ahora, pequeña visitante, ¿qué tienes que decirme?"

"Su majestad, nuestra Reina está enferma. Una doncella descuidada la alimentó de miel agria. No pudimos ayudarla. Nos dijo que la miel de tomillo la puede curar, pero no tenemos ni una gota. Durante el día buscamos tomillo por todo el bosque, pero no hay flor de tomillo por ninguna parte.

Es muy temprano en el año. Ésta es la razón que me ha traído a pedirle un poco de miel de tomillo."

La Reina le responde. "Eres muy audaz al entrar a una colonia desconocida. Mis guardianas son muy estrictas."

"Sí, me di cuenta, Su Majestad," le responde Sonia, mientras se soba un ala.

"Escucha, abejita: eres una sirviente valiente y leal, que daría su vida por su Reina. Aún tenemos algunas cámaras llenas de miel de tomillo. Puedes tomar un poco, lo que puedas llevar cargando a casa." Así habla la Reina y, con la mano, llama a unas abejas. "Tú, vieja abeja, lleva a esta forastera a una de las celdas llenas de tomillo. Guardiana, acompáñelas y protégelas."

Con estas palabras, la Reina se despide de Sonia. La vieja abeja, asistente de la Reina, la guía hacia las cámaras de miel. Hábilmente, mordisquea una de las tapas de cera. Oh, ¡qué fragancia tan deliciosa! A Sonia se le permite beber la delicada miel. Cuando se ha llenado, su acompañante le pregunta: "¿No pasará la noche aquí, con nosotras? Pronto oscurecerá afuera."

Por un momento, Sonia lo considera, pero luego responde: "No puedo arriesgarme. Nuestra Reina debe recibir ayuda de inmediato. Nadie sabe lo que podría ocurrir durante la noche. Le agradezco mucho, querida abeja."

La guardiana desaprueba que la forastera quiera volar en la oscuridad de la noche, pero la acompaña hasta la piquera y Sonia se aleja rápidamente en la penumbra.

Afuera hace frío, pero no es largo el tramo por recorrer. Aun así, este corto vuelo le entumece las patas. Cuando llega al tablero de aterrizaje de su colmena, no logra caminar hasta la piquera. Llama con voz debilitada: "Guardiana, ¡ayúdame, ayúdame! ¡Soy Sonia! ¡Traigo la miel de tomillo!" Nadie escucha. Las guardianas se han retirado a sus habitaciones para pasar la noche, ya que nadie sale ni entra por la piquera durante la noche.

"¿Debo morir afuera en esta noche fría? Pobre Reina, no podré ayudarla. Yo también me siento débil y desdichada." El frío del viento de la noche hace temblar las alas de Sonia, mas sus patas siguen firmemente adheridas a la madera del tablero de aterrizaje. Sonia idea: "Intentaré dejar una gota de miel de tomillo sobre el tablero. Si muero esta noche, mis hermanas podrán llevar esa gota a la Reina en la mañana. Quizá no sea muy tarde".

Dentro de la colonia, Abelia está muy nerviosa. La Reina se debilita y Sonia no ha regresado. Piensa por un momento: Seguramente la mataron las guardianas de la colmena. ¡Qué valiente la pequeña Sonia, con sus buenas intenciones!

Los nervios impulsan a Abelia a moverse por toda la colmena. Al acercarse a la entrada, Abelia le comenta a la guardiana de la noche: "Por favor, solo una vez, asómate al tablero de aterrizaje y ve si no ha llegado Sonia."

"No," gruñe la guardiana. "No lo haré. Está muy oscuro afuera. Ya nadie está volando."

Abelia se yergue. "¡Entonces, yo misma saldré a ver!"

Pasa frente a las narices de la guardiana y sale por la piquera. ¡Fiu! Qué oscuro y sombrío está afuera. La voz de Sonia se ha congelado. Cuando Abelia llama: "¡Sonia!" en la oscuridad de la noche, no hay respuesta. Está a punto de regresar cuando le llega el delicado olor del tomillo. Camina hacia él. "¡Dios mío! ¡Aquí está Sonia, completamente tiesa! Rápido, rápido, hay que meterla al calor de la colmena."

Abelia arrastra a su aterida hermana. La guardiana se da cuenta de lo ocurrido y va por ayuda. Las abejas que acuden calientan a Sonia y la acarician hasta que ésta empieza a mover la cabeza y las patas. ¡Se ha salvado! Con pocas palabras, Sonia les cuenta todo, incluyendo que su cuerpo está lleno de miel de tomillo.

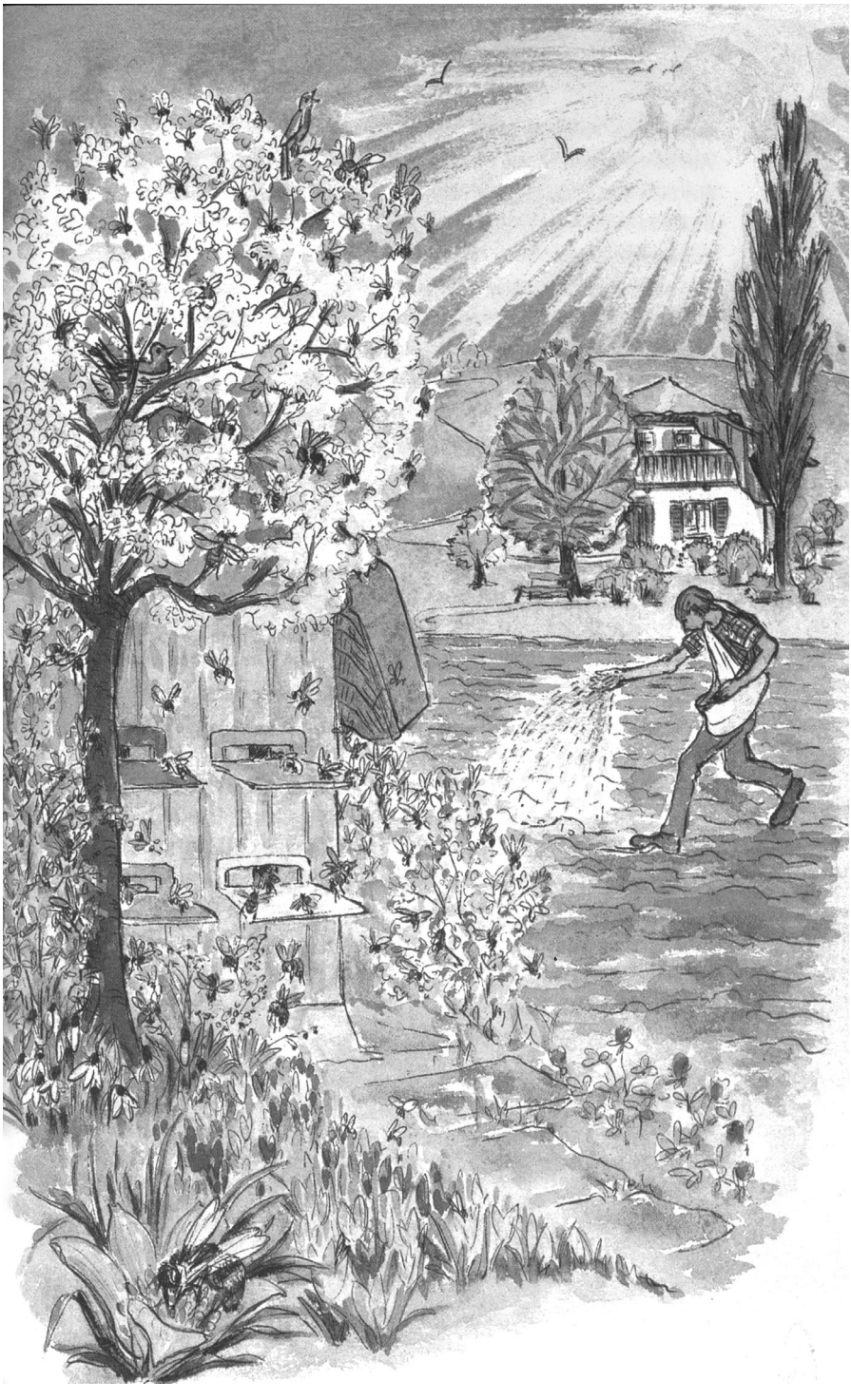
"Ven con la Reina. Ya es hora," le pide Abelia. "Dale tu regalo." Juntas, se apresuran para llegar al centro de la colmena. Una vez que están frente a la Reina, Sonia expulsa una gota de la miel de tomillo por su probóscide.

La paciente, apenas percibe el delicado aroma, reacciona con un estremecimiento. "Oh, ¡tomillo!" susurra, y, suplicante, extiende su lengua. Sonia va soltando, en pequeñas gotas, parte de la reconfortante miel, y la Reina las bebe muy agradecida. El remanente, Sonia lo deposita en una ollita para guardarlo y usarlo después. Al poco rato, la Reina ha caído en un profundo sueño.

A la mañana siguiente, la Reina despierta contenta. Cuando termina de sorber lo que había en la olla, se siente como nueva.

Un zumbido feliz cunde por toda la colonia y las doncellas de la Reina anuncian a todos: "La Reina ha vuelto a desovar. ¡Ha recuperado la salud!"

Empezando la noche, en un momento de tranquilidad, la Reina llama a la abeja Sonia. Quiere que le cuente todo tal como ocurrió, cómo fue que logró obtener la miel de tomillo. Después de escuchar la historia, la Reina acaricia las alas de su ayudante. Alta, por su parte, advierte a sus compañeras pecoreras. "Este verano traeremos a la colmena abundante néctar de tomillo y nos aseguraremos siempre de no volver a quedarnos sin miel de flor de tomillo."





Una Aventura en el Avellano

Antes de que Sonia se despida de la Reina, ésta le dice: "Vuela mañana temprano al avellano y tráeme un poco de la harina solar que guardan sus pequeñas flores. Les pediré a mis doncellas que preparen con ella una avena fresca de miel y sol. Me hará más fuerte."

Sonia está muy dispuesta a hacerlo, y aunque ya no será posible salir a volar esta noche –todo es negro ahora, fuera de la colmena–, Sonia quiere asomarse al tablero de aterrizaje para sentir cómo está el clima. Justo cuando está a punto de atravesar la piquera, la guardiana, refunfuñando, le expresa su renuencia a que salga. Sonia explica su misión y la guardiana le permite salir. Desde que Sonia salvó la vida de la Reina, todas la quieren.

Una brisa cálida, proveniente del sur, llega hasta el tablero de aterrizaje. La guardiana comenta: "El aire se siente cálido y bueno. Esta noche los brotes duros del avellano se abrirán y suavizarán. Mañana habrá una gran cantidad de harina solar."

Al día siguiente, antes de que Sonia salga a volar, Abelia le advierte: "¡Pon atención! En la primavera, hay muchos peligros acechándonos a nosotras, las abejas: protégete del

pájaro papamoscas que, con su pico puntiagudo, espía a las abejas, para luego cortarlas en pedazos y tragárselas, con todo y cabeza y aguijón."

Con esto en su cabecita, Sonia sale a volar en dirección al bosque, cerca de las rocas donde buscó en vano el tomillo en flor. Ahí está el avellano. Vuela hacia una pequeña flor, pero por más que busca y rebusca en la flor, no encuentra la harina dorada. Los altos filamentos de la flor aún están muy duros.

Vuela a una segunda flor. "Oh, ¡qué maravilloso polvo de oro hay aquí!" Con emoción, Sonia se frota un poco del polvo sobre sus patas traseras y se confecciona unas medias amarillas. Piensa: ¡Con esto podremos preparar una maravillosa avena solar para la Reina!

Mientras labora, Sonia escucha a sus espaldas un fuerte zumbido. ¿Qué es eso? Voltea. Un gordo abejorro se ha posado en un brote duro del avellano y en vano intenta extraer de él un poco de harina. De mal humor, increpa a Sonia: "¿Vas a quitarme todo el polen? ¿Acaso los abejorros no contamos? ¡Cada vez que hay algo bueno alrededor, ahí están las abejas llevándoselo todo!"

Sonia ríe. "Buen abejorro, no te quejes tanto. Es un esfuerzo inútil. ¿No ves que ese brote ni siquiera está maduro? Ven adonde yo estoy. Tengo bastante; hay suficiente para ti, también."

El abejorro suaviza su ánimo y se dirige al brote vecino, puesto que los brotes de avellano siempre cuelgan en pareja. Sonia platica con el abejorro: "Alta, nuestra sabia abeja, me

dijo alguna vez que las abejas y los abejorros son parientes cercanos, como primos. Podemos ser buenos amigos, ¿no crees? Dime, abejorro, ¿sabes algo del pájaro papamoscas? ¿También caza abejorros?"

El abejorro murmura: "No, no quiere cazar abejorros. Nuestro abrigo, grueso y velludo, le haría cosquillas en la garganta y le rasguñaría el interior de su barriga. ¡Ja, ja, ja!" De repente, el abejorro mira fijamente la roca cubierta de tomillo y susurra: "Mira, justo un papamoscas está posado sobre la roca, oteando."

Sonia mira alarmada. "Oh, no, debo salir de aquí, irápido!" Y sale volando.

Inmediatamente, el papamoscas levanta la cabeza, atento: "¿Acaso salió volando una abeja de aquel avellano?" Aletea... y ahora está en el aire, persiguiendo a Sonia. Afortunadamente, ella tiene un poco de ventaja, pero los pájaros papamoscas son rápidos y se impulsan con vigor en el aire.

Se acerca cada vez más a Sonia, que vuela zigzagueando y logra confundir un poco al ave, pero ésta se mantiene a unos cuantos aleteos detrás de Sonia. El pájaro chasquea con el pico y Sonia percibe claramente esos chasquidos. ¡Está por llegar a la colmena! Entonces, se deja caer en picada, aterriza en el tablero de la colmena y se desliza por la piquera. El papamoscas ha fallado su cometido y se aleja volando.

Agotada y temblando, Sonia permanece cerca de la entrada un momento. Una abeja obrera se aproxima, despoja a Sonia

de una de sus pequeñas medias y le dice: "¡A un lado! ¡Estás bloqueando el camino!"

Sonia quiere decirle: "Déjame el polvo de oro. ¡Es el polen para la Reina!", pero la hermana abeja ya ha desaparecido con el polvo. Con sólo una pequeña media, Sonia cojea hasta al centro de la colmena.

Allí encuentra a Abelia, quien, asombrada, mira a Sonia y le dice: "¿Qué te pasa que llegas a casa con una sola media? Ninguna abeja digna hace eso. Es un mal ejemplo para las abejas jóvenes. ¡Acabaríamos volando de lado!"

Sonia le explica cómo sucedió todo. "Ah, ya, eso es diferente," dice Abelia. "Trae acá tu única media; prepararemos la avena matutina para la Reina."

Preparan una delicada avena de oro, mezclada con un poco de miel de diente de león y se la ofrecen a la Reina. ¡Ese día, la Reina pone mil huevos!



Un Suceso Feliz

Después de que los huevecillos son puestos en el interior de las cámaras, éstas se cierran muy bien con tapas de cera. Ahí, en las diminutas cámaras, nacen y crecen las abejas jóvenes. Una mañana, justo cuando Abelia pasa junto a una de las cámaras, exclama: "¡Alto! ¡Aquí, en esta pequeña cámara, algo está rascando adentro! Una hermanita quiere salir. ¡Ayúdenla!"

Sonia se acerca y claramente escucha cómo algo golpetea y rasguña la pequeña puerta desde dentro. Sonia empieza a roer con ahínco la tapa de cera. ¡Cómo cruje y se agita la pequeña cosa que está dentro de la cuna! De la tapa se desprende un poco de cera y ahora, a través de la grieta resultante, Sonia puede ver una antena; luego vislumbra la cabeza. ¡Un último empujón! La pequeña abeja se desliza hacia fuera. Se alza sobre sus patas, temblando en silencio; mueve su pequeña cabeza y aletea suavemente. Justo en ese momento, el sol naciente envía un rayo de luz a través de la piquera de la colmena.

"¡Ah! exclama Sonia. "¡Vienes al mundo con los primeros rayos del sol! Así que tu nombre será Rayo de Sol. Déjame

mirarte. Tengo que limpiarte un poco. Los pedacitos de polvo ceroso no van bien con tu hermoso nombre." Sonia limpia, frotando, el cuerpo de su hermanita. "¡Saca la lengua para que puedas comer un poco de miel! Estás ahí parada como si durmieras. ¡Veamos esa pequeña lengua!"

La abejita presiona para sacar el aguijón de su trasero. Sonia se ríe. "¡No el aguijón! ¡Aquí en frente, la lengua!"

Ahora sí, la pequeña lengua sale. Sonia le coloca un poco de miel. La abejita Rayo de Sol zumba suavemente su primera palabra de abeja: "¡M-mm! ¡Qué delicia!"

Justo en ese momento, Alta pasa junto a ellas. Sonia la detiene: "Mira, Alta, esta abejita llegó al mundo con los primeros rayos del sol, por lo que la he nombrado Rayo de Sol."

Alta sonríe y ordena: "Llévala a la parte de la colmena donde se alojan los bebés; puede ayudar a calentar las cámaras en las que las abejas jóvenes están creciendo. La Reina puso huevos ayer."

Sonia guía a Rayo de Sol al lugar indicado. Ahora Rayo de Sol debe permanecer ahí con las otras abejas nuevas y hacer las veces de calentador. Aquí hay muchísimas hermanas jóvenes, y Rayo de Sol puede aprender de ellas el lenguaje de las abejas. Rayo de Sol piensa: Me gustaría mirar dentro de una de las pequeñas cámaras que todavía no ha sido cubierta con una tapa. Curiosa, estira su cabeza hacia delante y ve una masa blanca acostada allí abajo. ¿Qué podría ser eso? se pregunta.

De pronto, algo le rasca de manera vigorosa el arco de la espalda. Rayo de Sol brinca y retrocede. Es Abelia, que empieza a regañarla: "¿Qué estás haciendo ahí abajo? ¡Debes estar calentando aquí arriba, y no arrastrándote dentro de las cámaras y molestando a los huevos!"

Intimidada, Rayo de Sol le pregunta: "¿Qué es eso? ¿Huevos?"

Abelia le responde: "Pregúntales a tus hermanas. Tengo mucho que hacer." Y se aleja.

Las hermanas le explican: "La Reina puso esos pequeños huevos; van a crecer. Cuando sean lo suficientemente grandes, de ellos saldrán, mágicamente, abejas."

Abejita Rayo de Sol quiere hacer más preguntas. Aparece Sonia, que le pregunta: "¿Cómo va todo, hermanita?"

"Estoy bien. Sólo que mi barriga retumba, y se escucha: Rum pum pum."

Sonia se ríe. "Así suena el hambre. ¿También a las otras hermanitas la pancita les hace rum pum pum?"

"¡Sí, a mí también!" exclaman muchas de las hermanitas.

"Bien. Le pediré a la tía de la miel que venga a darles de comer," dice Sonia.

Después de que Sonia se ha alejado, no tarda en llegar una abeja rechoncha. Su cuerpo, henchido de miel, se bambolea. Es cariñosa y coloca un poco de miel sobre la lengua de las hermanitas. Con una voz pausada, les dice: "Sí, sí, queridas abejitas, hoy les daré su primer probada de miel, y así será en los días lluviosos. Lo bueno es que por ahora tendremos días tibios."

"¿Qué significa 'días lluviosos'?"

"Esperen a que sean más grandes y puedan salir volando. Ya sabrán." Con estas palabras, la tía de la miel se aleja de las abejas jóvenes.

Justo en ese momento pasa, pavoneándose, una abeja guardiana, que quiere tomar un atajo desde la entrada de vuelo hasta los cuarteles de las guardianas. Camina por encima de las espaldas arqueadas de las jóvenes abejas. Se detiene al lado de Rayo de Sol y le pregunta: "¿Sabes lo que es una avispa?"

"No, apenas hoy llegué al mundo."

Las demás abejas escuchan la conversación, y una de ellas pregunta con audacia: "Díganos, ¿qué es una avispa?"

La guardiana comienza a narrar: "La avispa es una mala criatura para nosotras las abejas. Su cuerpo es negro con franjas amarillas; vive afuera, en el mundo. No se esfuerza para nada en buscar el néctar de las flores por sí misma. A menudo viene a nuestra colonia y, como un ladrón, se cuela por la piquera y espera el momento más apropiado para entrar como flecha y robar nuestra dulce miel. Nosotras las guardianas debemos luchar contra ellas, e incluso sacar nuestros aguijones hasta que las expulsamos.

"¡Sí, sí, las avispas son fuertes! Hace unos días pasó una y la guardiana se percató demasiado tarde. ¿Que sucedió? Tras haber entrado clandestinamente, atropelló a todas las abejas de la entrada, mordió a algunas de ellas y se dirigió enseguida a las ollas de miel. Sorbió néctar hasta llenar su

codicioso vientre y se alejó volando con todo lo que habíamos almacenado, producto de libar más de mil flores. Así fue. Si esa avispa hubiera encontrado a nuestra Reina y la hubiera picado, nuestra Reina estaría muerta y nuestra colonia entera moriría lentamente. Sí, sí, abejitas, ¡ya ven lo importante que somos las guardianas!"

Abejita Rayo de Sol no ha entendido todo lo que ha dicho la abeja guardiana, pero sí le pareció que debe de ser algo terrible que la Reina reciba un piquete. Rayo de Sol pregunta tímidamente: ¿Quién es ella... la Reina?"

La guardiana levanta la cabeza y mira horrorizada a Rayo de Sol. "¿Qué? ¿Llegaste al mundo como una hija de las abejas y no sabes siquiera quién es nuestra Reina? ¡Qué escándalo! ¡Qué verguenza! ¡Si entrara una avispa a esta colmena, debería picar tu tonta cabeza!"

Sonia escucha a la abusiva guardiana decir estas palabras iracundas y se dirige a ella: "Oye, guardiana, ¿no tienes nada mejor que hacer que asustar a las jóvenes abejas con tus historias de avispas? Eres una fanfarrona. Mejor asegúrate de que no entre en la colmena ninguna avispa ni avispón. ¡Deja en paz a las pequeñas! Acabo de estar con la Reina."

La guardiana huye de la situación, pues no quiere ser acusada con la Reina. Rayo de Sol se queda bastante asustada. ¿Qué significan esas palabras tan fuertes que me dijo la guardiana? Sonia también habla de una Reina, y no sé lo que es.

Sonia acaricia las alas de Rayo de Sol y le dice: "¿Sabes? Las abejas guardianas a veces son un poco bruscas y groseras, pero una buena guardiana debe ser así, para luchar contra las avispas."

Finalmente, Rayo de Sol se arma de valor y pregunta: "¿La Reina también tiene alas y una pequeña lengua como nosotras?"

Sonia se ríe. "¿Nadie te ha hablado de nuestra Reina? Yo lo haré." Sonia reúne a las jóvenes abejas a su alrededor y comienza a contarles la historia.

"La Reina es la mejor abeja de nuestra colonia y la madre de todas nosotras. Podemos identificarla como nuestra Reina por su perfume especial. Su aroma nos encanta y nuestro aroma le encanta a ella. Cuando pasa junto a nosotras, podemos ver con nuestros ojos de abeja una luz brillante que, amistosa, nos envuelve. Esa luz puede ser encontrada solamente en otro lugar, que está afuera, en el mundo. Me refiero al Sol, Padre Celestial, que calienta todo y lo hace crecer. En cada huevo que pone la Reina queda una chispa de luz solar. Esto nos da vida a las abejas. Cada una de ustedes fue, alguna vez, un huevecillo."

La pequeña abeja Rayo de Sol no puede quedarse callada: "¡Pero los huevos no tienen alas ni patas ni pequeñas lenguas!"

Sonia le responde: "Querida hermanita, en este mundo hay muchas cosas maravillosas. Cuando, desde la entrada de nuestra colmena, puedas ver el mundo de afuera, te

sorprenderás. Hay un milagroso jardín con girasoles y borraja y campanillas sin fin. Ay, ¡todas las cosas que viven, vuelan y se arrastran!"

Mientras Sonia continúa hablando, escuchan un grito repentino. "Posiciones, posiciones, todas. ¡La Reina!" Es la voz de Abelia. Sonia instruye a las pequeñas abejas hacer dos filas, una frente a otra, para abrir camino a la Reina. Todas guardan silencio. Rayo de Sol tiembla de emoción.

La Reina se acerca, acompañada de sus doncellas. Una luz brillante radia de su cuerpo, incluso algunos rayos forman, alrededor de su cabeza, una pequeña corona. Se detiene justo en frente de la abejita Rayo de Sol y le pregunta: "¿Cuál es tu nombre?"

"Rayo de Sol, su Majestad."

"¡Es muy lindo nombre! Dime, abejita Rayo de Sol, ¿qué es lo que más te gusta de nuestra colmena?"

"¡Comer miel, su Majestad!"

La Reina sonríe y le da una palmadita amistosa en la frente. "Sí, sí, eres aún muy joven. Y tú, Sonia, ¿qué es lo que más disfrutas?"

"El trabajo, su Majestad."

"Esa es una muy buena respuesta de abeja," responde la reina como elogio. Se despide de todas las abejas inclinando amistosamente la cabeza y se retira. Tras avanzar un poco, llega a donde todavía hay algunas cámaras vacías. La Reina entra de espaldas y pone un huevo en cada cámara.

Abejita Rayo de Sol mira en silencio. Entonces le comenta en voz muy baja a sus hermanas: "¡Oh, qué hermosa y agradable es nuestra Reina! ¡Quiero vivir solo para ella!"

"Puedes hacerlo, junto con todas nosotras," Sonia le dice. "Cada día, puedes ayudar en la colmena y ser industriosa y diligente. Eso hace muy feliz a nuestra Reina."



La Muerte de la Abeja Alta

Al día siguiente, mientras Rayo de Sol limpia una cámara, la tía mielera llega y llama a las abejas más jóvenes. "Vengan, vengan. Traigo avena de miel."

Inmediatamente se abalanzan todas sobre ella, aplastando a la buena tía mielera con tanta fuerza que de su lengua cae una gota de miel dentro de una de las cámaras y aterriza sobre un huevo. Mientras las otras abejas reciben la miel, Rayo de Sol se desliza hacia la gota caída. Con delicadeza usa su pequeña lengua para sorberla sin dañar al pequeño y delicado huevo. Cuando se retira de la pequeña cámara, las demás abejas se han ido. La tía mielera ha repartido todo y ha desaparecido.

¿Quién viene caminando con tanta dificultad, arrastrando su cuerpo por el piso? Es Alta. Abejita Rayo de Sol se acerca a ella y le pregunta: "¿Puedo ayudarla? ¿Se ha lastimado tanto que ya no puede caminar más?"

"No," dice Alta sonriendo. "Estoy viejita y quiero irme a morir."

"¿Qué es eso–morir? ¿Le picó un avispa?"

Rayo de Sol no logra hacer más preguntas porque en ese momento llega Sonia y se detiene frente a Alta. "¿Ya no te sostienen tus patas?"

"No, ya lo han hecho durante suficiente tiempo. Ahora quiero irme a morir. Sonia, acompáñame a la franja oscura de la colmena. Ahí esperaré la muerte. Ya no me siento con las ganas de salir volando para morir entre las flores del campo.

Sonia llama a Rayo de Sol. Juntas llevan cargando a la buena anciana Alta a una sección muy oscura de la colmena. No pesa mucho puesto que no ha comido nada en tres días. Sonia le susurra a Rayo de Sol: "Quédate aquí con Alta. ¡Llámame cuando haya exhalado su alma!"

Rayo de Sol espera en silencio junto a Alta. Parece como si Alta estuviera durmiendo. Rayo de Sol no sabe que la anciana abeja ya sueña con estrellas de flores y luz de sol. De repente, aparece una luz pequeña que brilla sobre ella y luego desaparece. Alta ha bajado la cabeza y yace suavemente sobre un costado. Permanece muy quieta. Abejita Rayo de Sol llama a Sonia. Las dos hermanas abejas llevan cargando el cuerpo de Alta por el camino a la salida. Las guardias abren paso.

El sol de la tarde aún brilla afuera. Salen las dos volando hacia la pradera con su hermana muerta y ahí depositan el

cuerpo rígido, entre flores y hojas verdes, cerca de la Madre Tierra. “¿A dónde se ha ido su chispa de vida?” pregunta Rayo de Sol.

“Yo creo que se ha ido al cielo de las abejas, desde donde continuamente están llegando pequeñas chispas de vida nueva, que se introducen en los huevecillos de abejas.”

Cuando Rayo de Sol regresa adonde se encuentran las abejas jóvenes, algunas de ellas le susurran: “Abelia estuvo aquí. Mañana aprenderemos algo nuevo: alimentaremos a las pequeñas larvas blancas que han salido de los huevos, en sus cunas.”



Al Cuidado de las Cunas de las Abejas

Muy temprano al día siguiente, Abelia se reúne con las abejas jóvenes. Alegres, rodean a la sabia maestra, quien les explica: "A partir de hoy tendrán una nueva tarea: todos los días alimentarán a las larvas blancas que salen de los huevecillos que ha puesto la Reina. Primero, les darán dulce jugo de miel, no la miel espesa y pegajosa; deberán diluirlo con agua, que obtendrán de las abejas aguadoras.

"Para las larvas mayores, que ya pesan un poco más, añadan unos granos de polen. ¡Vamos, a trabajar! Me quedaré con ustedes hasta que vea que todo anda bien."

Las abejas jóvenes se entregan con entusiasmo a la tarea de alimentación. Abejita Rayo de Sol mezcla con afán el polen y la miel para hacer una papilla. ¡Está muy espesa y pegajosa! Bien sabe que una larva no podría comerla, por lo que lleva a Abelia un poco de la papilla, a modo de muestra.

Abelia sacude la cabeza. "Olvidaste ponerle agua. Mira,

aquí viene una abeja aguadora. Oye, abeja aguadora, ¡vierte un poco de agua en esta mezcla espesa!"

La portadora de agua saca a presión dos gotas gordas desde su probóscide. Rayo de Sol revuelve la mezcla hasta sentirla menos viscosa. Entregada como está a su trabajo, no se percata de que la Reina ha llegado con toda su comitiva a observar a las abejas alimentadoras. Cuando escucha la voz detrás de ella, se sorprende y se da la vuelta. "¿Cuál es tu nombre, pequeña batidora de papilla?"

"Me llamo Rayo de Sol."

"Ah, sí, tú eres la abeja cuya cosa favorita es comer miel. ¿Cómo fue que recibiste ese nombre?"

"Eso se lo puedo explicar yo, Alteza," interrumpe Sonia. "Yo misma le puse ese nombre. Justo en el momento en que estaba naciendo, entraban los primeros rayos de sol por la piquera de la colmena. Desde ese momento, sigue siendo mi joven amiga."

La Reina le dice: "Tu nombre es apropiado para una asistente de la Reina. Cuando seas más grande, te consideraré." La Reina sigue su camino. Abejita Rayo de Sol está tan impresionada que olvida por un momento mezclar la papilla. Más tarde, mientras alimenta a una de las larvas, recuerda las palabras de la Reina: Cuando seas más grande, te consideraré.



Un Vistazo al Mundo

Alrededor del mediodía, abejita Rayo de Sol se demora cerca de la entrada para poder aspirar los perfumes de la pradera que penetran la colmena. "¡Aún debo esperar muchos días antes de salir volando!"

En ese momento, Sonia le toca el costado y le dice: "¡Ven, pequeña amiga! Ahora ya tienes ocho días de edad. Debo llevarte al tablero de aterrizaje y, allí, jugaremos el juego aéreo. Presta atención. Sólo puedes volar de arriba abajo delante de la entrada; no debes incursionar en el mundo. Eso sólo se permite a los veinte días. ¿Quieres venir conmigo?"

"¡Me encantaría!"

Rayo de Sol es bien comportada y avanza a un lado de Sonia, por enfrente de la abeja guardiana, quien no la detiene, pero sí le advierte: "¡No te alejes de la puerta!"

En cuanto salen, el intenso brillo solar ciega completamente a Rayo de Sol. La luz entona un sutil canto dorado entre las alas de la pequeña abeja; ésta, a su vez, extiende sus alas y

canta la misma canción, junto con todas las demás abejas que cantan afuera. Rayo de Sol flota de arriba abajo, en la cálida y brillante luz. Sonia permanece sobre el tablero, observando a su hermana feliz.

¡Cuidado! Súbitamente, una ráfaga de viento azota la colmena y lanza a Rayo de Sol muy, muy lejos en el campo. La pequeña abeja da siete marometas por la turbulencia y pierde todo sentido de orientación; finalmente, aterriza en una flor. Mientras se cerciora de que ha conservado sus seis patas y su par de alas, una gran hormiga marrón se yergue envalentonada frente a la abejita y la amenaza: "¡Quítate de mi flor! Estoy recogiendo el néctar. ¡Ya verás! ¡Voy a arañar tu cara!" Con estas palabras, la hormiga se lanza sobre la pequeña abeja y la hace caer de la flor sobre la hierba verde.

La cabeza de Rayo de Sol está zumbando. "Ay, ¿quién es esa rasguñona? ¡Es peor que nuestras guardianas!"

Mira a su alrededor en busca de otros como su agresora. En una hoja, detecta un insecto verde, con largas patas dobladas, como tallos de hierba, y antenas grandes y largas. Es un saltamontes, que mira embobado a la pequeña abeja, como si hubiera caído de las nubes. Finalmente, habla con una voz como balido. "¡Ji, ji, ji! ¿Qué buscas aquí en el pasto? Tú perteneces a las flores, y nosotros, los saltamontes, al pasto verde."

Rayo de Sol quiere explicarle que alguien la tiró de una flor, pero las palabras se le atoran en la garganta cuando descubre, muy cerca de ella, a un caracol negro, que tiene cuatro cuernos. Con timidez le pregunta: "¿Eres malo y por eso tienes tantos cuernos? ¿Eres el diablo de la pradera?"

El saltamontes ríe y chirría de tal manera que los tallos del pasto se sacuden. El caracol negro sonríe y suelta baba viscosa; entonces, empieza a hablar muy despacio, arrastrando palabra tras palabra. "Ve a casa, a-beeeee-ja. ¡Todavía eres demasiado joven para este mundo!"

"Ir a casa, eso es justo lo que quiero hacer, pero no sé cómo encontrar la piquera de nuestra colmena. El viento me alejó sin yo quererlo."

"Pre-gú-u-u-n-ta-le a Brincos. El te-e-e pue-e-de de-e-cir."

"¿Quién es Brincos?"

El saltamontes se sienta muy erguido y dice orgulloso: "Brincos, ¡ése soy yo! Brincos, el saltamontes veloz. Conozco la pradera de punta a punta. ¡Sígueme! Yo te mostraré el camino de regreso a la colmena."

Rayo de Sol intenta liberarse del pasto, al tiempo que ve al saltamontes alejarse a grandes saltos. "¡Debo darme prisa o me quedaré atrás!" Levanta sus alas, zumba en el aire y pronto alcanza a su guía. Otras hermanas abejas pasan a su lado, en su viaje de regreso a casa, después de



cosechar el néctar. "¡Gracias, Brincos!" le grita, agradecida, al saltamontes, y sigue volando detrás de sus hermanas. Pronto llega a la piquera de la colmena. Sonia ya no está en el tablero de aterrizaje. Rayo de Sol se desliza al interior.

La abeja guardiana le gruñe y le zumba y quiere picar sus alas. "¡Fugitiva, prófuga de la pradera, dónde...!"

"Sé amable, guardiana, por favor. Deberías estar enojada con el viento. Fue él el que me alejó." Con estas palabras, Rayo de Sol pasa volando frente a la guardiana, y la deja ahí, con un palmo de narices. Rayo de Sol busca a Sonia y le cuenta todo lo sucedido, incluso le muestra dónde la hormiga le rasguñó la cara.

A Sonia le da mucho gusto que la pequeña haya encontrado el camino de regreso a casa, y elogia la ayuda del saltamontes Brincos. "¡Alégrate de que no te toparas con un avispón o con un pájaro papamoscas! Nunca hubieras regresado."



Un Trabajo Peculiar

Durante la mañana del noveno día, Abelia se acercó a Rayo de Sol y le dice: "Hoy llevarás a cabo una nueva tarea. Debes retirar el polen de las medias amarillas de las abejas pecoreras cuando lleguen a casa, y llenar las cámaras con él. Ten cuidado de no arrancar una pierna junto con las medias. Mira, te mostraré cómo se hace."

En ese momento llega una pecorera a la entrada. Abelia la llama con un saludo. Con sus patas delanteras, Abelia toma la pequeña bola amarilla, adherida a las patas traseras de la abeja formando una media, y la retira suavemente. Rayo de Sol intenta hacer lo mismo con la otra pierna y lo logra sin demasiado esfuerzo.

Abelia se dirige enseguida a la cámara de harina, lanza la bolita en el interior y, con su cabeza, la comprime contra el piso de la cámara: tap, tap, tap. Rayo de Sol la imita: tap, tap, ¡pum! Ha presionado demasiado fuerte y se le tuerce la cabeza.

"¡Ay, ay, ay!" Abelia se ríe. "¡No tan duro! Casi perforas el piso de la cámara." Rayo de Sol sacude la cabeza para enderezársela.

"Hay otra cosa que debes tomar en cuenta," dice Abelia. "Debes llenar cada cámara con el polen de un mismo tipo de flor. El olor de la harina de sol te dirá de qué flor procede. Si alguna vez no estás segura, pregúntales a las portadoras qué flor han visitado." Con estas palabras, Abelia se despide.

Justo en ese momento, llega una pecorera con unas gruesas medias de polen. Rayo de Sol le ayuda a retirarlas. Le pregunta: "¿De qué flor vienes?"

"De un diente de león."

"¿Cómo es?"

"Amarilla y bonita como el sol."

Esta vez, Rayo de Sol pone mucha atención cuando prensa el polen contra la cámara, para evitar otra cabeza torcida. La siguiente recolectora trae sólo unas pequeñas medias de color amarillo claro con un delicado perfume. "¿De qué flor vienes?" pregunta otra vez.

"Prímula," le contesta la abeja pecorera.

"¡Me gustaría llegar a conocerlas! Huelen tan rico," dice Rayo de Sol. "Pero, ¿qué es esto? Aquí viene una recolectora con medias casi negras. ¿Acaso hay flores negras también? ¿O es que están sucias tus medias?"

"El polen de tulipán es oscuro," dice la pecorera con orgullo.

Rayo de Sol le pregunta: "¿Cómo son los tulipanes?"

"Son copas gigantes de color rojo encendido o amarillo o violeta. Debemos zambullirnos muy profundo: en el interior de los tulipanes hay suficiente espacio para muchas abejas y es ahí donde se encuentran los sacos con el oscuro polen. En la noche, los tulipanes cierran sus pétalos. Una vez pasé toda la noche dentro del cáliz de un tulipan porque estaba yo demasiado cansada para regresar volando a casa. Fue delicioso cómo el viento nocturno me meció hasta dormirme, y disfruté mucho dormir en el tulipán." La abeja pecorera guarda silencio y con mucha devoción, Rayo de Sol lleva el oscuro polen a la cámara.

Esa noche, cuando Abelia llega a las cámaras de polen, asiente satisfecha y le dice a Rayo de Sol: "Has hecho un buen trabajo. Mañana y durante los próximos días, puedes tomar el néctar de las abejas pecoreras y llenar las cámaras con él. Cada tipo de néctar tiene su propia olla."

A la mañana siguiente, muchas abejas salen a volar. Hay mucho que hacer. Al principio, y por cierto tiempo, las hermanas traen sólo néctar de la flor del tilo. Todas comentan que el néctar viene de un solo árbol, y que éste tiene tantas flores como la colmena tiene abejas. Rayo de Sol succiona

el néctar de la probóscide de las pecoreras y con él llena las cámaras de miel. Una abeja trae una gota muy pequeñita. ¿Será muy floja? Rayo de Sol le comenta: "¡Traes muy poquito! Y huele muy extraño. ¿Qué es?"

"Viene del bosque, de una flor blanca en forma de estrella, la aspérula."

"¿Qué es eso, el bosque? ¿Es un árbol?" le pregunta Rayo de Sol.

"No, el bosque es una colonia de árboles. Los árboles se levantan, muy derechitos, uno junto a otro, meciéndose y sonando con el viento. Cerca de las raíces de los árboles, crecen plantas extrañas y flores del bosque, una de ellas es la aspérula, que tiene una flor delicada, en forma de estrella, y cuya brillante blancura contrasta con el musgo verde oscuro. Sus gotas de néctar son pequeñitas, pero nuestra Reina ama especialmente la miel de aspérula. Una vez que le ofrecí un poco, me acarició. Si quieres hacerle un favor especial, llévale un poco de esta miel."

"Con mucho gusto lo haré," le dice Rayo de Sol. La abeja proveniente del bosque le entrega el néctar de aspérula, colocándolo sobre la lengua de Rayo de Sol.

Después de una breve búsqueda, Rayo de Sol encuentra a la Reina poniendo huevecillos, rodeada de sus doncellas. Se le ve cansada porque ha pasado toda la mañana poniendo

huevecillos. Susurra en voz muy baja: "Un poco de miel, ¡por favor!"

Rayo de Sol corre apresurada para llegar a la Reina y darle la miel de aspérula. Apenas la prueba, a la Reina se le ilumina la cara con una sonrisa. "¡Qué delicia! ¿No es ésta miel de aspérula, mi comida favorita?"

"Así es," le responde Rayo de Sol. "La abeja del bosque me reveló que usted la aprecia más que a nada."

"Ah, ¿eres tú, abejita Rayo de Sol? Qué gusto verte. Escucha, mañana comenzarás una nueva tarea: junto con Sonia, construirás una cuna para la princesa. Cuando esté lista, pondré ahí un huevo de Reina. Es hora de que críe una princesa que pueda llegar a ser Reina después de mí. Si necesitan saber algo de la construcción, pregunten a Abelia. Ella sabe todo acerca de eso. Avísenme cuando hayan terminado la cuna." La Reina acaricia amistosamente las alas de Rayo de Sol y se retira.

Las doncellas han escuchado estas palabras. Mientras siguen a la Reina, comentan en susurros y emocionadas las buenas nuevas. Sonia se queda atrás, corre hacia Rayo de Sol y le comenta: "Se nos ha encomendado una maravillosa, pero difícil tarea."

Rayo de Sol expresa su preocupación: "Ni siquiera puedo hacer cera, ¡y se supone que debo construir para la realeza!"

"Vamos con Abelia. Ella nos aconsejará."



La Casa de la Princesa

Cuando la abeja Abelia se entera de las noticias dadas por la Reina, inclina la cabeza como si tratara de recordar algo. Solemne, comienza a decir: "La cámara de la Princesa debe colgar verticalmente. La entrada estará en la parte de abajo. Construyan la cámara lo suficientemente grande para que la Reina pueda moverse en ella y con el cuidado necesario para que no aparezca ninguna grieta en la pared."

Rayo de Sol le pregunta: "¿Debemos secretar toda la cera necesaria nosotras mismas?

"No," contesta Abelia. "Eso llevaría demasiado tiempo. Acudan a las abejas productoras de cera. Ellas secretarán la cera y ustedes construirán con ella."

Sonia y Rayo de Sol se dirigen sin tardanza a las abejas productoras de cera. "¡Dennos cera! ¡Dennos cera!"

Las productoras de cera contestan refunfuñando: "Estamos descansando. ¡Pueden esperar! No hay mucho por construir en este momento."

“¿Qué dicen? ¡Necesitamos la cera para construir una cámara de princesa!” exclama Sonia emocionada.

¡Uuuy! De inmediato, las abejas cereras se incorporan, comen un poco de miel y pronto están todas colgadas, formando una larga cadena. En poco tiempo están secretando pequeños discos de cera por entre los anillos de su abdomen. Las abejas cargadoras ayudan llevando los anillos a donde se construirá la cámara. Sonia y Rayo de Sol ponen manos a la obra. Abelia pasa de vez en cuando para ofrecer asesoría. Dos días después, la cámara está terminada, a excepción de la pequeña puerta, que se colocará más adelante, después de que el huevecillo haya sido puesto y esté bajo cuidados.

La Reina es conducida a la cámara; camina alrededor de ella para inspeccionarla. Con la cabeza asiente, satisfecha, porque no ha encontrado ningún error. Se acomoda con cuidado en la cámara y pone el huevecillo. Cuando sale, les dice: “Cuiden bien este huevo. Alberga lo que será una hermosa princesa.”

Abelia es la primera en entrar a la cámara para comprobar la posición del huevo. Sale rápidamente y le ordena a Rayo de Sol: “¡Ve a buscar un poco de miel espesa! El huevo debe adherirse a las paredes para que no se caiga.”

Rayo de Sol elige miel gomosa de pino. Se le permite entrar para que sea ella quien fije el huevo. Ya dentro de la

cámara-cuna, nota una luz suave y blanquecina que emana del huevo. Con mucho cuidado, vierte un poco de la miel sobre el delicado huevo, y sale de la cámara. Mientras tanto, Sonia llega con un grupo de abejas más jóvenes, quienes se acomodarán alrededor de la cámara de la Princesa para calentarla con sus cuerpos. A nadie se le permite la entrada, salvo a dos asistentes.

Día tras día, las asistentes observan cómo se está formando una nueva vida al interior del huevo. Al cabo de unos días se convierte en una larva, un gusano pequeño, blanco y grueso. Succiona una gran cantidad de miel. Entonces, llega el día en que Abelia da la orden: "Hoy debe sellarse la cámara con una puerta de cera. La larva ya está lo suficientemente grande. El milagro de la transformación en una abeja Reina solo puede ocurrir en total silencio y oscuridad."

Sonia y Rayo de Sol construyen la puerta y la sellan herméticamente, de manera que no pueda entrar ni una partícula de polvo. Eso es lo que pidió Abelia. Rayo de Sol pregunta vacilante: "¿No se asfixiará la joven Reina si sellamos así la cámara?"

"No," le contesta Abelia. "Cuando llegue el momento, la abriremos."

"¿Cuándo será ese momento?"

Abelia, con voz conocedora, explica: "Una vez que

transcurra el tiempo necesario para la transformación, normalmente 16 días. Entonces, la joven Reina empezará a moverse y a rascar la puerta desde el interior. En ese momento abriremos la puerta –, y añade, dirigiéndose a Rayo de Sol–: ¿No cumples mañana veinte días de haber salido a la luz? Será tu primer día de poder salir a volar por el mundo. Esta noche vendré a la cámara de la Princesa y te daré buenos consejos para tu vuelo."

Cuando la abeja Abelia se entera de las noticias dadas por la Reina, inclina la cabeza como si tratara de recordar algo. Solemne, comienza a decir: "La cámara de la Princesa debe colgar verticalmente. La entrada estará en la parte de abajo. Construyan la cámara lo suficientemente grande para que la Reina pueda moverse en ella y con el cuidado necesario para que no aparezca ninguna grieta en la pared."

Rayo de Sol le pregunta: "¿Debemos secretar toda la cera necesaria nosotras mismas?

"No," contesta Abelia. "Eso llevaría demasiado tiempo. Acudan a las abejas productoras de cera. Ellas secretarán la cera y ustedes construirán con ella."

Sonia y Rayo de Sol se dirigen sin tardanza a las abejas productoras de cera. "¡Dennos cera! ¡Dennos cera!"

Las productoras de cera contestan refunfuñando: "Estamos descansando. ¡Pueden esperar! No hay mucho por construir en este momento."

"¿Qué dicen? ¡Necesitamos la cera para construir una cámara de princesa!" exclama Sonia emocionada.

¡Uuuy! De inmediato, las abejas cereras se incorporan, comen un poco de miel y pronto están todas colgadas, formando una larga cadena. En poco tiempo están secretando pequeños discos de cera por entre los anillos de su abdomen. Las abejas cargadoras ayudan llevando los anillos a donde se construirá la cámara. Sonia y Rayo de Sol ponen manos a la obra. Abelia pasa de vez en cuando para ofrecer asesoría. Dos días después, la cámara está terminada, a excepción de la pequeña puerta, que se colocará más adelante, después de que el huevecillo haya sido puesto y esté bajo cuidados.

La Reina es conducida a la cámara; camina alrededor de ella para inspeccionarla. Con la cabeza asiente, satisfecha, porque no ha encontrado ningún error. Se acomoda con cuidado en la cámara y pone el huevecillo. Cuando sale, les dice: "Cuiden bien este huevo. Alberga lo que será una hermosa princesa."

Abelia es la primera en entrar a la cámara para comprobar la posición del huevo. Sale rápidamente y le ordena a Rayo de Sol: "¡Ve a buscar un poco de miel espesa! El huevo debe adherirse a las paredes para que no se caiga."

Rayo de Sol elige miel gomosa de pino. Se le permite entrar para que sea ella quien fije el huevo. Ya dentro de la

cámara-cuna, nota una luz suave y blanquecina que emana del huevo. Con mucho cuidado, vierte un poco de la miel sobre el delicado huevo, y sale de la cámara. Mientras tanto, Sonia llega con un grupo de abejas más jóvenes, quienes se acomodarán alrededor de la cámara de la Princesa para calentarla con sus cuerpos. A nadie se le permite la entrada, salvo a dos asistentes.

Día tras día, las asistentes observan cómo se está formando una nueva vida al interior del huevo. Al cabo de unos días se convierte en una larva, un gusano pequeño, blanco y grueso. Succiona una gran cantidad de miel. Entonces, llega el día en que Abelia da la orden: "Hoy debe sellarse la cámara con una puerta de cera. La larva ya está lo suficientemente grande. El milagro de la transformación en una abeja Reina solo puede ocurrir en total silencio y oscuridad."

Sonia y Rayo de Sol construyen la puerta y la sellan herméticamente, de manera que no pueda entrar ni una partícula de polvo. Eso es lo que pidió Abelia. Rayo de Sol pregunta vacilante: "¿No se asfixiará la joven Reina si sellamos así la cámara?"

"No," le contesta Abelia. "Cuando llegue el momento, la abriremos."

"¿Cuándo será ese momento?"

Abelia, con voz conocedora, explica: "Una vez que transcurra el tiempo necesario para la transformación,

normalmente 16 días. Entonces, la joven Reina empezará a moverse y a rascar la puerta desde el interior. En ese momento abriremos la puerta –, y añade, dirigiéndose a Rayo de Sol–: ¿No cumples mañana veinte días de haber salido a la luz? Será tu primer día de poder salir a volar por el mundo. Esta noche vendré a la cámara de la Princesa y te daré buenos consejos para tu vuelo."



Muchos Peligros

Esa misma noche, mientras Abelia termina sus rondas por la colonia, llega a donde está Rayo de Sol, quien ha estado esperándola, anhelante, en la cámara de la Princesa. Rayo de Sol muere de curiosidad. Quiere aprender de Abelia todo cuanto sea posible sobre el mundo al que podrá salir volando el día de mañana.

Abelia comienza diciéndole: "Recuerda, Rayo de Sol, que el mundo está lleno de peligros. Comienzan tan pronto como llegas a la piquera. Ya experimentaste cómo una ráfaga de viento puede repentinamente pasar y llevarte. No siempre hay sol y buen tiempo. No salgas si hay viento fuerte, y si te encuentras en la pradera y sopla una ráfaga de viento, debes entrar en la copa de una flor y aferrarte a sus filamentos hasta que puedas volar segura.

"También pueden llegar oscuros nubarrones cargados de lluvia. Lluvia son las gotas de agua que caen del cielo y mojan todo. Es buena para las plantas, pero no para nosotras las abejas. Cuando llueva, vuela a casa tan rápido

como puedas, pero si te encuentras en el bosque, busca un escondrijo seco donde guarecerte.

"No te asustes si bajan del cielo poderosos rugidos o impetuoso fuego. Son los truenos y los relámpagos, dos fuertes gigantes. Son increíblemente ruidosos, pero no te harán daño. Sólo hay un enemigo que puede tirarte piedras blancas desde el cielo: el granizo, que rasga flores y hojas, y destruye las praderas en flor. Una sola piedra de granizo puede matarte. Por suerte, pocas veces el Gigante del Granizo se enfurece.

"Tal vez llegues a un cuerpo de agua grande en el que se refleje el cielo. Eso es un lago. No vueles sobre él. Si llegaras a cansarte y necesitaras descansar, caerás al agua y te ahogarás irremisiblemente. Además, existe algo que se come a las abejas: el avispón, un insecto volador, poderoso, con anillos amarillos, como una avispa, pero mucho más grande. Si alguna vez te sigue un avispón, vuela en zig zag. Eso no les gusta porque son pesados y no pueden virar con facilidad. También hay aves que acechan abejas. ¡Protégete de ellas!"

Rayo de Sol pregunta: "Pero, entonces, ¿por qué me dieron un aguijón? ¿No puedo picar al papamoscas o al avispón, y alejarlos?

Abelia se ríe y le explica. "No es tan fácil. Son mucho más fuertes que una abeja, y antes de que tú puedas picarlos,

te habrán tragado. Debes usar tu aguijón sólo en caso de peligro de muerte, ya que nuestro aguijón tiene una especie de púa, que se queda donde lo clavas y te arrancará la vida.

"Y ahora, presta mucha atención. Hay seres en el mundo que pueden ser muy grandes y que se llaman humanos o personas. No te acerques a ellos. Algunos dan manotazos a las abejas si nos acercamos a ellos demasiado. Otros humanos, menos grandes, suelen tener palos en sus manos. Una vez una persona pequeña metió un palo en la piquera de nuestra colmena y lastimó a algunas hermanas. Las guardianas salieron a picarlo, pero gritó muy fuerte y se escapó. Nunca regresó."

Rayo de Sol le pregunta: "¿Todos los seres humanos tienen palos? ¿Son todos los humanos malos?"

"No, hay gente buena también. Hay humanos que ayudan a las abejas para que no se ahoguen. El mejor humano es el apicultor. Él se preocupa por nosotras las abejas. Él nos construyó esta casa. Solo uno o dos días al año se porta un poco mal, cuando nos quita una gran cantidad de miel. Tal vez tiene que alimentar a sus hijos pequeños con ella. A menudo lleva un tallo en la boca, de donde sale humo y apesta horrible. En el otoño, cuando todas las flores se marchitan y no podemos conseguir más néctar, él pone agua dulce en nuestra colonia y cubre nuestra colmena con almohadas que nos conservan calientes.

"Sí, hacen cosas muy extrañas, estos humanos. No te les acerques. Muchas veces pasan mucho tiempo cortando madera para romperla en pedazos. Los jóvenes se sientan sobre unas ruedas, las hacen girar y así andan por ahí. Otros van en cajas de colores, sobre los caminos, apestando las praderas. Cuando hace calor en el verano, saltan al agua y actúan como si fueran peces. Viven en casas grandes, y a menudo dejan salir su hedor por pequeñas torres en los techos. Las abejas no sabemos por qué lo hacen. Es difícil para nosotros comprender a los humanos. Aun así, la mayoría de ellos son buenos con nosotros; solo algunos nos golpean cuando pasamos volando cerca de ellos.

"Es tarde, Rayo de Sol," dice Abelia, interrumpiendo su historia. "¡Vamos a dormir! Te deseo un buen viaje al mundo grande y hermoso."

Aquella noche, Rayo de Sol permanece despierta mucho tiempo sin poder conciliar el sueño. Piensa en todo lo que Abelia le platicó. ¿Qué será lo que a ella le depara el mundo?



¡A Descubrir el Mundo!

Temprano, antes del amanecer, cuando casi todas las otras abejas siguen dormidas, Rayo de Sol se encamina hacia la entrada de la colmena. Es una clara y fría mañana. Justo cuando está a punto de salir por la piquera, una guardiana que estaba cerca la increpa: "¡Es demasiado temprano! ¿Quieres quedarte tiesa allá fuera?"

Rayo de Sol ya está en el tablero de aterrizaje. Sí, hace frío. La guardiana tiene razón, pero muchos pájaros cantan y la luz radiante de la mañana hace que el cielo se vea más azul. Eso no quita que las abejas se estremezcan con la brisa fresca. Rayo de Sol vuelve a entrar en la colmena y la guardiana le pregunta en tono burlón: "¿Encontraste mucho néctar?"

"Nada de néctar, pero ahora sé lo hermoso que es antes del amanecer."

Una hora más tarde, el Sol ha salido y su calor se extiende por el mundo; las flores abren sus botones. Sobre el tablero de aterrizaje, Rayo de Sol abre sus alas con gusto, pues no

hay viento que la mande lejos. Sobrevuela en círculos los prados en flor. ¡Qué perfume! Aquí abajo, pequeños soles amarillos, y arriba, estrellas de flores azules."¿Adónde iré? ¿Dónde beberé y me sumergiré en el color?"

Sin más se clava en picada en el sol brillante de un diente de león, en la cama dorada y suave de la flor, cuyo polen la cubre toda. Se pone de pie y frota el polen sobre sus patas traseras. Se ha confeccionado su primer par de medias.

¿Qué es eso? Alguien la llama desde el pasto: ¡Chirp, chirp, chirp!

Rayo de Sol pregunta: "¿Te duele algo que chillas así? ¿Tienes hambre?"

"¿Cómo que chillo? contesta un grillo. "¡Estoy creando bella música, abeja zumbadora!"

"¿Te gustaría un poco de polen para calmar tu hambre?" pregunta Rayo de Sol.

El grillo se ríe sonoramente. "No, eso no se me antoja. Prefiero comer un pequeño escarabajo."

¡Guácala! piensa Rayo de Sol. Este debe comer carne negra; será mejor que siga mi camino. Quién sabe, podría tratar de comerme a mí también.

Sale volando para llevar su primera carga de polen a la colonia de abejas. En cuanto llega a la colmena, más tarda en quitarse las medias de polen que en salir volando de

vuelta al mundo. Esta vez aterriza sobre una gran flor azul en el borde del bosque. ¡Seguro hay fino néctar aquí! Un rechoncho abejorro anda por ahí y la saluda alegremente. "¡Buen día, pequeña abejita! Soy la Sra. Abejorra."

"¡Buen día, Sra. Abejorra! ¿También tiene una Reina en su colonia?"

"No tengo colonia. Vivo en un árbol y tengo un nido allí con huevos de abejorro. Cuando nazcan mis criaturas, seremos una pequeña familia. Si viviéramos en colonia, estaríamos demasiado apretados y haciéndonos cosquillas con nuestro cuerpos velludos."

Mientras hablan, algo pasa sacudiendo el aire. Conmocionada, Rayo de Sol grita: "¡El pájaro papamoscas!"

"No," le dice la Sra. Abejorra. "Es una golondrina; un pájaro muy querido. Sí, sí, las abejas siempre tienen miedo del papamoscas, pero a los abejorros no nos hacen nada. ¿Ves mi cuerpo cubierto de pelos? Ningún pájaro podría tragarme. No hay tal cosa como un papamoscas de abejorro." Bzz, bzz ... La señora Abejorra se aleja volando.

Al emprender el vuelo nuevamente, Rayo de Sol percibe, cercano, un pequeño arroyo que borbotea. Curiosa, se posa en la orilla y escucha el murmullo del agua y cómo salpica. Piensa en la advertencia de Abelia: ¡Ten cuidado con el agua! Pero el agua fluye tan apaciblemente que está

segura de que no hay problema si se acerca un poco más. Se anima a subir a un tallo que se extiende sobre el agua como un pequeño puente. De repente, ¡qué susto!: el extremo delantero del tallo se hunde y éste es arrancado por el agua con todo y abejita. Ella se aferra con sus patas delanteras, pero sus patas traseras y sus alas se hunden en el agua. El arroyo sube y baja, lanzando a Rayo de Sol de arriba abajo, hundiéndola cada vez más. Se le dificulta respirar. "¡Oh, no, estoy perdida! ¡Si suelto el tallo, me ahogaré!"

Aguas abajo, una rama sobresale del agua. El tallo queda atrapado en ella y Rayo de Sol logra salir del agua. Cuando finalmente está sentada sobre una hoja, resopla. "¡Me salvé!"

Sus patas y alas siguen temblando. Nunca había tenido tanto miedo. Limpia y frota sus alas para dejarlas como antes. El sol la calienta y la seca. Finalmente, vuela de regreso al bosque.

"¡Me gustaría conseguir un poco de néctar dulce de aspérula!" El aroma fino y familiar de las blancas flores de estrella sube por entre los pinos. Rayo de Sol vuela de una a otra, succionando el jugo en cada una. De repente, otra abeja se sienta a su lado en la misma flor. Rayo de Sol percibe el peculiar aroma que proviene de la recién llegada, y le pregunta amistosamente: "Querida hermana, ¿eres de la colonia cuyo tablero de aterrizaje es azul, de donde vengo yo?"

"No, nuestro tablero de aterrizaje es amarillo. Mi barriguita ya está llena. ¡Voy a regresar ahora!" Justo cuando la abeja forastera está hablando, se escucha un zumbido intenso en el aire.

Asustada, Rayo de Sol se aferra a la flor. ¡Dios mío! ¡La abeja que estaba con ella ha desaparecido! ¡El papamoscas la atrapó en un santiamén! Rayo de Sol se eleva rápidamente en el aire. "¡Rápido, a casa, a la colonia! ¡A casa, a la colonia!" Echa un vistazo hacia atrás, ¿viene siguiéndola el papamoscas?

Finalmente, llega al tablero azul y, como flecha, entra por la piquera. Las guardianas la miran atónitas. Una vez dentro, Rayo de Sol se apoya en las cámaras de miel y sacude todo su cuerpo. Sonia se acerca a ella y le pregunta: "¿Qué te pasa? ¿Estás enferma?"

Cuando finalmente se tranquiliza, Rayo de Sol le cuenta a Sonia lo que acaba de vivir en el bosque. Sonia le dice: "Sí, el mundo es hermoso, pero hay muchos peligros. Escucha, querida hermana, ya es tarde. No vueles más por hoy. Mañana saldré contigo a volar por el mundo."



Un Encuentro con las Personas

Un día de verano, Sonia y Rayo de Sol se preparan para salir juntas a volar por el mundo. Se preguntan si quieren volar a la pradera o al bosque. Una abeja muy emocionada se acerca a ellas y les baila alrededor. Viene de estar fuera. Zumbando, vuela de izquierda a derecha y luego en círculo.

"¡Ajá!" dice Sonia. "Esa es la danza de las flores del tilo. Vamos, hermana, sigamos a la bailarina, pues ha encontrado un árbol con mucho néctar de flor del tilo. Con su danza nos muestra el camino. Es un néctar muy fino. Ven, volaremos junto con ella."

Un grupo grande vuela con la bailarina hacia un enorme árbol de tilo, cerca del bosque. Un dulce perfume flota hacia ellas. Rayo de Sol se mantiene cerca de Sonia, siempre. Vuelan de flor en flor. De repente, Sonia grita: "¿Ves allá, la mancha grande y marrón en el prado? Es una casa humana. Ahí podrás ver a las personas y saber cómo viven, pero, primero, llevemos el néctar a casa."

Con sus cuerpos llenos de néctar, las hermanas regresan a la colmena y lo vierten en las cámaras de miel. Regresan al tilo. Rayo de Sol advierte algo diferente en el árbol. Dos tablas largas están apoyadas en el suelo y se pierden entre las ramas. Sonia tampoco sabe qué son. Mientras las hermanas vuelan a la primera flor en las ramas, Sonia susurra: "Creo que hay un humano en el árbol. Mira cómo algo recoge flores y las pone en una bolsa. Eso es una mano humana."

Rayo de Sol le pregunta: "¿La mano comerá las flores?"

"No lo sé. Tal vez la persona sorba la miel de tilo en casa, donde nadie lo vea."

De repente, la mano empuja una rama grande hacia un lado. ¡Pueden ver a toda la persona! Está parado en una escalera, recoge las flores de tilo y las pone en una bolsa. Rayo de Sol se asusta con el tamaño de la persona, pero luego le susurra a Sonia: "¡Oh, pobre hombre! ¿Alguien le arrancó las alas, o nunca tuvo?"

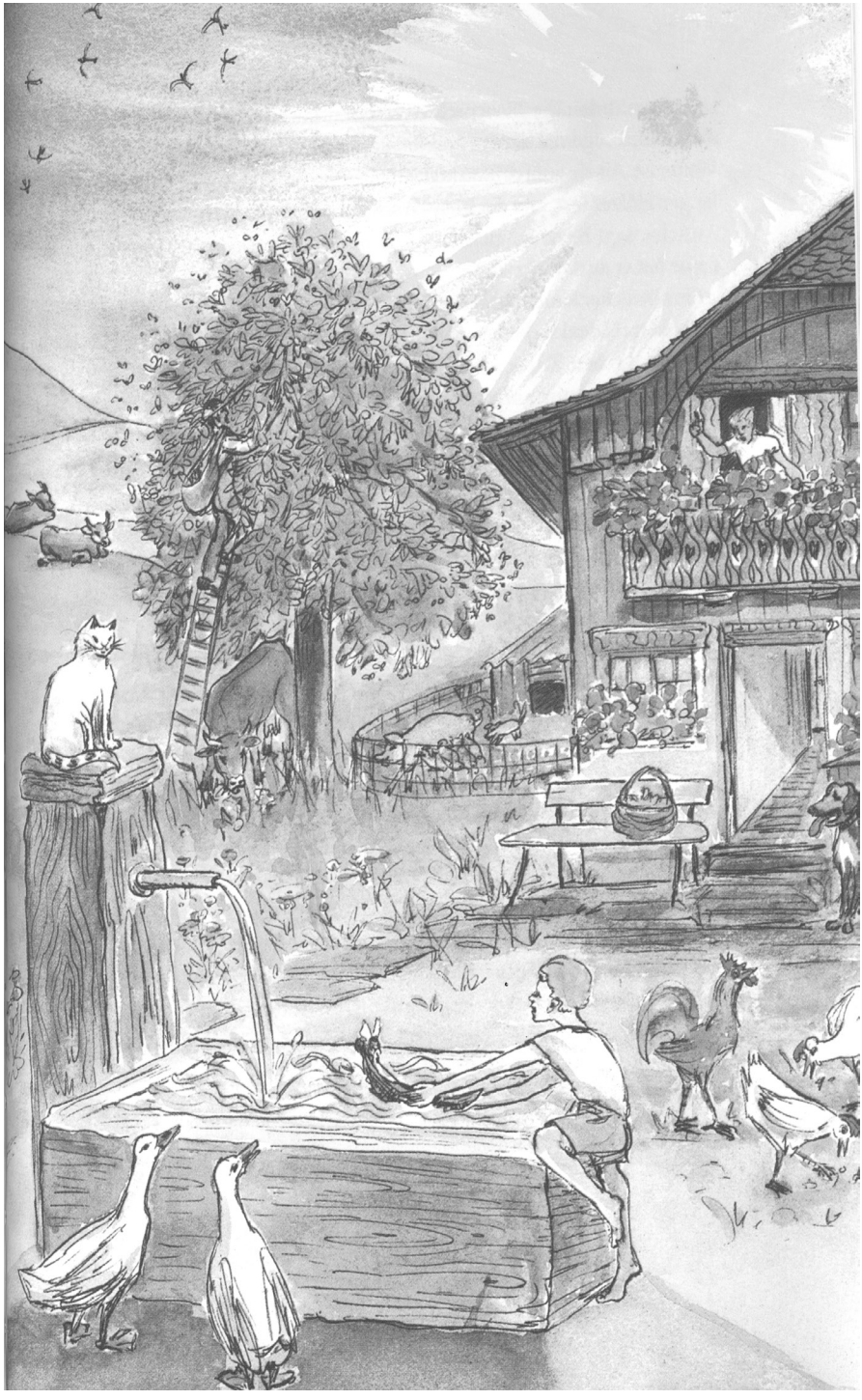
Las hermanas abejas quisieran pasar más tiempo observando, pero la cosecha de néctar las espera, y las abejas siempre trabajan duro cuando hay buen tiempo. Hay miles de abejas zumbando en el árbol, es natural que las hermanas se pierdan de vista. Al regresar al árbol por tercera vez, las tablas largas han desaparecido y el hombre va caminando hacia la casa.

“¡Oh!” exclama Rayo de Sol. “De verdad es un pobre hombre. ¡Sólo tiene dos piernas!”

Un humo azulado sube desde el techo de la casa humana. Rayo de Sol piensa: Voy a hacer algunos viajes más para recolectar néctar, pero antes de que caiga la noche, quiero ir a ver la casa de los humanos.

Después de que Rayo de Sol ha traído néctar a casa por séptima vez, regresa volando al tilo y se dirige a la casa de las personas. Aterriza en una bomba de agua, frente a la casa. El agua cae desde un tubo hasta un pequeño lago. Un humano pequeño se encuentra parado cerca de ahí y tira de una cuerda atada a un pequeño botecito para que navegue sobre el agua. Afortunadamente, él no tiene un palo. Rayo de Sol siente sed: “¡Me gustaría un sorbo de agua una vez más!”

Vuela hasta el borde del lago y bebe. De repente, el humano pequeño golpea el agua con la mano. Una ola se levanta. ¡Oh, no! Rayo de Sol es lanzada al agua y comienza a alejarse de la orilla. El pequeño humano grita: “¡Oh, oh! ¡Una abeja!” Coloca su pequeño bote debajo de ella y lo maniobra para que Rayo de Sol pueda subirse, mas no puede volar con las alas mojadas. El humano pequeño grita a todo pulmón palabras indescifrables, mientras lleva a la abeja a dar un paseo en barco.



Entonces una persona grande con un vestido largo sale de la casa y le grita al pequeño en voz aguda, apuntando con un dedo. A Rayo de Sol le asusta esta estruendosa persona, de ojos grandes y cabello largo. Ágilmente sube a la vela del bote, sacude el agua de sus alas y emprende el vuelo. El humano pequeño se despide de ella agitando la mano y animándola.

Por la noche, Rayo de Sol se encuentra con Sonia y le comparte: "Vi a los humanos en su casa. El pequeño era agradable y divertido. El grande era salvaje y gritón. Me gustan los pequeños. Los grandes son como monstruos."



La Noche en el Bosque

En una noche de julio, Rayo de Sol sale de la colmena caminando y llega al tablero de aterrizaje. Quiere volar al bosque una vez más. Una guardiana se acerca a ella y le advierte: "¡Pronto anochecerá, quédate aquí! Mira, las últimas pecoreras están regresando a casa. Es muy tarde. La noche podría tomarte por sorpresa."

Ella le responde: "Querida guardiana, volveré pronto. Conozco un pequeño lugar donde la aspérula está dando una gran cantidad de néctar. Si llueve esta noche, el agua azotará las flores y mañana estarán vacías. Vuelvo enseguida." Levanta las alas, se aleja zumbando y deja a la guardiana refunfuñando.

El sol acaba de ponerse. Rayo de Sol desaparece entre los pinos oscuros en el interior del bosque. Después de haber succionado el néctar de la primera flor de aspérula que encontró, empieza a sentir frío. Una pequeña polilla está sentada en una de las flores que están a su lado. Sorprendido, el insecto le dice a la abeja: "¿Qué pasa contigo? ¡Todas tus

hermanas han volado a casa! ¿Quieres pasar la noche en el bosque? Protégete de las hormigas gigantes, que viven en este bosque. Si tienes néctar en tu cuerpo, te comerán."

Rayo de Sol quiere contestar: "¡Me alejaré de la hormiga!" Pero, justo entonces, un escalofrío recorre su cuerpo. Por el bosque de pinos corre un viento frío; quiere levantar sus alas y volar a la siguiente flor, pero... ¿qué pasa? Sus alas no le responden. "¡Oh no! ¡El frío ha paralizado mis alas!"

Con miedo, le suplica a la polilla: "Ayúdame, querida polilla. ¡Mis alas no quieren volar más! ¿Qué debo hacer?"

La polilla le contesta: "Ahora tendrás que pasar la noche en el bosque, pero, te lo digo una vez más: ¡Ten cuidado con las hormigas gigantes! Comen abejas y mariposas. ¡Presta mucha atención! Se suben a cada flor, cada árbol y tienen antenas muy sensibles, que perciben todo lo dulce. Lo mejor es meterse debajo de una gran hoja de alguna planta que no tenga flores. ¡Buenas noches, pequeña abeja! El frío no me hace daño." La polilla se aleja.

"Buenas noches, querida polilla." Ahora, la pobre abejita Rayo de Sol se ha quedado sola sobre la dulce flor de la aspérula, con mucho miedo y con unas alas incapaces de moverse. Afortunadamente, todavía puede mover las patas, así que piensa: "Quedarse aquí no es buena idea. Las hormigas gigantes vendrán y podrían atraparme con

sus grandes tenazas. Buscaré una hoja verde donde pueda esconderme, como la polilla me aconsejó."

Así que Rayo de Sol camina por el tallo de la aspérula hasta llegar al suelo. A corta distancia de ahí hay unos altos helechos. Subiré a estas plantas, piensa. Me aferraré al reverso de la hoja. Ninguna hormiga buscará néctar en un helecho.

Rayo de Sol está al pie del tallo, sobre una hoja seca. De pronto, alcanza a percibir algo que se escabulle: atrás de una roca, aparece la cabeza de una hormiga gigante, cuyas antenas se mueven en el aire como si estuviera buscando algo. Ha descubierto a la abeja... sus tenazas tiemblan. La hormiga discurre: La abeja es demasiado grande para mí sola; iré a buscar refuerzos, así podremos despedazarla y llevarla a casa. La hormiga desaparece detrás de la roca.

Rayo de Sol suspira aliviada; no sospecha el macabro plan de la hormiga. Sigue su camino por el tallo del helecho y, desconcertada, ve a otra criatura moviéndose sobre una planta junto a ella. Rayo de Sol se pregunta: ¿Necesitaré usar ahora mi aguijón?

Una voz delicada susurra: "¡No tengas miedo! Soy una luciérnaga. Emito luz cuando hay oscuridad. No le hago daño a nadie y nadie me hace daño a mí."

Rayo de Sol le pregunta: "¿También dejas en paz a las hormigas?"

“Sí, y ellas se alejan de mi luz y me evitan.”

“Ay, luciérnaga, ¿puedes ayudarme cuando vengan las hormigas? Me persiguen porque soy dulce.”

La luciérnaga mira alrededor y luego aconseja: “Ven, abejita. Sube a esta planta alta y verde, puedes ocultarte debajo de las hojas. Engancha firmemente los pies en la hoja para que no te caigas mientras duermes. Yo me quedaré abajo en el tallo y trataré de disuadir a las hormigas cuando lleguen.”

Qué feliz está Rayo de Sol. Sube de inmediato por el grueso tallo y se cubre con las hojas. ¡Justo a tiempo! Una larga hilera de hormigas gigantes aparece por detrás de la roca, buscando a la dulce abeja.

El líder va al frente. Rápidamente corre hacia la flor de aspérula en la que estaba sentada la última vez que la vio. “¡Ehi ¡Ya no está! Busquen, soldados, busquen. ¡No pudo haber llegado lejos!”

Algunas hormigas se entremeten en las hojas secas; otras trepan por arbustos, árboles y flores. “Zzurr, zzurr, zzurr ¡No está aquí! Zzurr, zzurr, zzurr. ¡Ni aquí!”

Una de las hormigas llega hasta la planta donde brilla la luciérnaga, ya que en todo este tiempo, la noche se ha hecho más oscura. La hormiga le dice belicosa: “Sal, luciérnaga. ¡Sal! ¡Voy a trepar esta planta verde!”

Rayo de Sol escucha todo lo que está sucediendo allá abajo. Tiembla y piensa: ¡Ahora estoy perdida! ¡Adiós, querida Abelia, Sonia, Reina! ¡Nunca las volveré a ver!

Sin embargo, la luciérnaga quiere salvar a la abeja. Se acerca a la hormiga: "¡Este tallo es mío por esta noche! ¡No me iré! ¿Qué quieres con mi planta? Hay muchas otras. ¡Aquí no hay néctar!"

La hormiga fanfarronea: "Estoy buscando a la abeja que no voló a casa. Está escondida en algún lugar. Mis soldados y yo la despedazaremos. Zzurr, zzurr, zzurr."

En ese momento, se percibe un breve zumbido proveniente de un haya. La luciérnaga insta a la hormiga: "Escucha, hormiga, ¿oyes el zumbido allá por el haya? ¡Busca por ahí a la abeja!"

La hormiga sale corriendo y las demás la siguen. Es tanta su emoción, que ni siquiera se percatan de que el zumbido viene de un escarabajo. Afortunadamente, no regresan. Rayo de Sol solo ve la amistosa luz verde que la luciérnaga emana. Su miedo desaparece poco a poco, y finalmente, muy cansada, encuentra consuelo en el sueño.

Durante la noche, los pinos se doblan con el fuerte soplar del viento, que trae, además, oscuros nubarrones sobre el bosque. Rayo de Sol despierta. La hoja bajo la cual descansa se mueve de un lado a otro bruscamente. La noche se torna

siniestra. El atronador correr del viento es interrumpido por un profundo ulular. "¡U-ju! ¡U-ju!"

Los árboles gimen y protestan; crujen y crepitan. De pronto, grandes gotas de lluvia golpean sonoramente las ramas de los árboles. Luces zigzagueantes iluminan el bosque por momentos. Aunque atenuados, los truenos retumban amenazantes. Rayo de Sol se estremece de miedo. ¿Podrán mis patitas sujetar la hoja con suficiente fuerza o seré lanzada al suelo? "¡Oh, si tan solo hubiera escuchado a la guardiana! ¡Mejor hubiera sido no haber volado al bosque tan tarde!" Así se lamenta Rayo de Sol en su fuero interno.

Súbitamente, un tremendo crujido cunde por todo el lugar: un rayo ha golpeado un pino cercano; los otros árboles tiemblan hasta las raíces con el estallido de los truenos. Durante un rato, Rayo de Sol siente que se desmaya; cuando se recupera, una pequeña luz brilla junto a ella: "Luciérnaga, ¿eres tú?"

"Sí, querida abeja. Quería ver si el viento te había derribado. Hay mucho ruido y caos en el bosque esta noche. Y ahora, el relámpago celestial arroja su fuego sobre el bosque. La tormenta refrescará y renovará la tierra. No tengas miedo. Pronto terminará. Ya está pasando la lluvia."

La voz reconfortante de la luciérnaga ahuyenta el miedo de Rayo de Sol, quien le suplica: "¡Quédate conmigo con tu luz! ¿Quieres que te dé algo de néctar?"



"Yo no como néctar. Si lo hiciera, ¡entonces las hormigas me comerían también! Duerme en paz; me quedaré contigo hasta la mañana. Las hormigas no vendrán más esta noche. La lluvia las obligó a regresar corriendo a casa."



Los Pinos Reciben el Día

El amanecer trae un nuevo día y con él, luz clara para el bosque y el cielo que lo cubre. La luz de la luciérnaga se extingue con la luz del sol. El noble insecto se arrastra alejándose de la abeja, que duerme profundamente, y baja al ámbito terrenal. Allí, la luciérnaga dormita durante todo el día, entre las hojas y el musgo. Un poco más tarde, Rayo de Sol despierta y mira a su alrededor. Ya no está la luciérnaga. ¿Acaso todo fue un sueño? No, ¿por qué estaría todavía colgando del reverso de una hoja en el bosque?

En los árboles, los pájaros cantan. Rayo de Sol intenta levantar sus alas, pero aún no puede volar. El frío no se ha ido por completo. "¡Ojalá que el sol viniera pronto y me calentara!"

Camina al anverso de la hoja. Sus patitas ya están funcionando mejor. Hay un poco más de calor. Busca a la luciérnaga, pero no la ve en ninguna parte. Algo se mueve en el borde de la hoja: una oruga verde mordisquea ahí

su desayuno. La abeja piensa: ¿Cómo puede comer cosas verdes? Debe de estar muy hambriento.

Mientras tanto, la oruga se percata de la presencia de la abeja y la saluda. "¡Buenos días, abeja! ¿Apeteces un poco de ensalada?"

"No, solo como lo que puedo sorber."

"Entonces, ¡sorbe esta gota de rocío!"

"No me daría el calor y la satisfacción que mi pancita necesita."

Mientras hablan...¡chispas! ... un ave cae sobre la hoja de improviso, atrapa la oruga y se aleja volando. Rayo de Sol rebota desde la hoja, vuela en parábola y cae en el piso marrón del bosque. En ese momento, se da cuenta de que se encuentra en un lugar muy peligroso, pues el hormiguero debe de estar muy cerca. Decidida a salvar su vida, camina lo más rápido que puede. De repente, siente atrás de ella los ambiciosos chasquidos de las hormigas: "Zzurr, zzurr, zzurr."

¡Oh, no! Una hormiga camina hacia ella enseñando sus mandíbulas. Rayo de Sol acelera el paso y sube a un tronco de pino, con la hormiga justo detrás de ella. Al mismo tiempo, ve horrorizada que una segunda hormiga gigante camina hacia ella desde arriba, cargando en sus mandíbulas una aguja de pino. Cuando ve a la abeja, deja caer la aguja de pino y se lanza rápidamente sobre ella.

Estoy perdida, piensa Rayo de Sol. Frente a la amenaza mortal, reúne todas sus fuerzas y las envía a sus alas. ¡Oh, qué alegría!: las alas responden y la elevan en el aire, zumbando. Rayo de Sol se aleja volando. Las dos hormigas, que siguen avanzando sobre la corteza del pino, chocan sus cabezas y empiezan a pelearse.

El sol ha llegado a lo alto. Rayo de Sol nunca lo ha saludado con tanta gratitud como ahora, y grita con alegría: "¡Me salvé, querido sol! La terrible noche ha terminado. ¡Regreso a casa, a la colonia y a la Reina!"

Sobrevolando un pino blanco, le llega un dulce perfume. Circunda el árbol de pino y aterriza sobre una pequeña rama fragrante. Las agujas de pino rezuman finas gotas de néctar. Rayo de Sol recuerda lo que alguna vez le dijo Abelia: "A veces, los árboles de pino también dan néctar; se llama néctar del bosque." Rayo de Sol lo bebe con fruición, registra la ubicación del árbol y retoma el camino a casa.

Cuando distingue, brillante, el tablero de aterrizaje de su colmena se pregunta preocupada: ¿Cómo me recibirá la abeja guardiana? Seguramente se dio cuenta de que anoche no regresé a casa.

Sí, la abeja guardiana está en su puesto, es la misma que le advirtió, la noche anterior, que ya no saliera, y recibe enojada a Rayo de Sol. "¡Así que ya regresó la fugitiva! ¡Espera,

que te voy a llevar ante la reina!" Rayo de Sol no tiene ganas de discutir y pasa frente a ella rápidamente. Quiere llevar el néctar del bosque a Abelia.

Abelia no había notado que Rayo de Sol pasó la noche afuera. Cuando Rayo de Sol se le acerca y le muestra una pequeña gota de néctar del bosque, Abelia grita con alegría: "¡Afortunada exploradora! Donde fluye néctar del bosque, lo encontraremos en abundancia. Ahora podemos abastecer nuestras pobres provisiones. ¡Rápido, Rayo de Sol, haz la danza del néctar de pino y lleva a un grupo grande de abejas al bosque, adonde está el pino con su carga de néctar!"

Rayo de Sol enseguida comienza a bailar y a cantar. "¡Quien vuele conmigo encontrará néctar del bosque! ¡Quien vuele conmigo encontrará néctar del bosque!"

Muchas abejas la siguen a la piquera. Al intentar salir, la guardiana y sus colegas atrapan a Rayo de Sol y le dicen: "¿A dónde vas? ¡Te vamos a llevar derechito a la Reina!" Y antes de que las abejas hermanas tuvieran la oportunidad de defenderla, las guardianas se la llevan.

La Reina está en medio de la colmena, donde Abelia le está contando sobre el afortunado hallazgo de Rayo de Sol, en el bosque. En ese momento, las guardianas presentan a la prisionera. Un guardiana anuncia: "Su Majestad, le traigo una voladora nocturna mal portada. Pasó toda la noche

fuera de la colmena, y esta mañana pasó corriendo frente a mí, sin detenerse."

La Reina le responde: "Fiel centinela, no te enojes con Rayo de Sol. Seguramente no fue su intención quedarse afuera. Según escuché, el frío la paralizó, y esta mañana encontró un árbol con néctar del bosque. ¡Déjala libre! Debe salir liderando el vuelo hacia el néctar." La Reina se dirige a Rayo de Sol y le dice: "Te doy las gracias por el néctar del bosque. ¡Vayan, y que tengan una buena cosecha!"

Las guardianas se miran atónitas y dejan libre a la acusada. Rayo de Sol se apresura a llegar a la entrada de vuelo, donde las pecoreras la esperan con impaciencia. Pronto, una gran formación de abejas vuela hacia el pino blanco. La cosecha es abundante. Una tras otra, miles de abejas de la colonia cargan de regreso el néctar del bosque. Ese día, la comunidad de Abelia se convierte en una colonia rica en miel.



Un Mensaje Importante

A la mañana siguiente, Sonia llama a Rayo de Sol justo en el momento en que ésta se prepara para salir de prisa por la piquera. "¡Ven pronto con la Reina!"

"¿Qué ocurre?"

"No te lo puedo decir. Abelia está con ella, con una expresión seria, y me susurró que la Reina tiene un mensaje especial que darnos."

Algunas otras abejas de confianza están, también, reunidas alrededor de la Reina, quien comienza a hablar: "Queridas abejas, como ustedes saben, en poco tiempo nuestra Princesa podrá ser liberada de su pequeña cámara. Entonces habrá dos reinas en la colonia. Esto no puede ser. Si yo estuviera vieja y débil, prepararía un lugar para la joven y me iría a morir, pero estoy a la mitad de mi vida. Como dicta una antigua ley de la Casa Real, solo una Reina puede gobernar una colonia en todo momento. La Reina mayor debe dejar la colmena a la Reina joven y mudarse con la

mitad de la colmena a otro lugar, donde pueda construir una nueva colmena. Así que eso es lo que haré.

"En pocos días, cuando la Princesa salga, me iré. Abelia y Sonia, ustedes son las abejas de mayor edad y con más experiencia. Ustedes se quedarán aquí con la joven Reina; le vendrá bien que ustedes la aconsejen. Tú, Rayo de Sol, vendrás conmigo al mundo. En la nueva colmena que construiremos serás mi primer ayudante, así como Abelia lo ha sido aquí. Por ahora, cuida bien a la Princesa e infórmame tan pronto esté lista para salir de su cámara."

Al terminar su discurso, la Reina regresa a su actividad de poner huevecillos ya que quiere dejar la mayor cantidad de abejas jóvenes para la nueva Reina. Abelia, Sonia y Rayo de Sol van a la cámara de la Princesa para vigilarla juntas. Están un poco tristes, pues pronto tendrán que despedirse.

Abelia habla con Rayo de Sol: "Querida hermana, tu salida con la Reina trae un gran reto. Salir al mundo para fundar una nueva colmena conlleva muchos peligros y dificultades. La Reina no está acostumbrada a volar. Si el viento la atrapa, la llevará lejos y un apicultor no podrá ofrecerle una casa nueva; por ello debes procurar protegerla del frío y de la lluvia, tal vez en un árbol hueco o debajo de un tronco que encuentres en el bosque."



La Reina Emprende el Vuelo

Una noche, las tres hermanas observan que la pequeña cámara es demasiado estrecha para la Princesa. Pueden percibir cómo mordisquea delicadamente el interior de la pequeña puerta de cera: "K-nip, k-nap, k-nip, k-nap-rak, rak, rak".

Abelia va rápido a las ollas de miel, de las que puede tomar el primer alimento para la Princesa: mezcla miel de tomillo con miel de aspérula. Un mensajero va con la Reina para anunciar el nacimiento.

Por fin, la puerta está completamente liberada. Tímidamente, la Princesa sale de su habitación. Sonia limpia los pedacitos de cera que todavía cuelgan de ella. Rayo de Sol alisa sus alas para acomodarlas en su lugar. Abelia vuelve con la miel y le ofrece a la Princesa su primer bocado. Ella lo chupa con gratitud. Su cuerpo emana una tenue luz. A Rayo de Sol le trae el recuerdo de la luciérnaga.

Otras hermanas abejas llegan de todos lados para rodear y admirar el nuevo milagro. Abelia le comenta a Sonia:

“Permite que las jóvenes abejas rodeen a la Princesa para calentarla y contarle sobre nuestra colonia. Voy con la Reina para hablar de lo que sigue ahora.”

La Reina le dice: “Ahora que la Princesa ha nacido, me despediré de esta colmena. ¡Tráeme algo de miel por última vez!”

Abelia piensa: Preferiría seguir a la Reina, pero ya estoy vieja. Mis alas no me sostendrían muy bien. Siento que mi vida pronto llegará a su fin. Le entrega la miel de despedida a la Reina.

La Reina recarga sus antenas sobre las de Abelia y le habla suavemente: “Te agradezco, mi fiel Abelia, por el buen servicio que has dado a mi reino. No podría darle a la joven princesa una abeja más experimentada y sabia que tú para estar a su lado. ¡Ve con ella! ¡Sírvela con lealtad, tal como me has servido! Y envíame a Rayo de Sol.”

Abelia le pregunta: “Oh, Reina, ¿no irás a ver y a saludar a la Princesa?”

“No. Es una ley de nuestra Casa Real que las reinas no deben conocerse. Ella se quedará en la parte posterior de la colmena hasta que me haya ido. Cuídala bien. Puede que una de las guardianas intente algo tonto. He notado que algunas de ellas están muy enfadadas porque me voy. Podrían volcar su ira sobre la joven Princesa y picarla hasta la muerte. ¡Eso

no puede suceder! ¡Envíame a las guardianas!" Triste, Abelia la obedece y se aleja de su Reina.

Pronto, Rayo de Sol aparece junto a la reina, enviada por Abelia. "¡Alisa mis alas!" pide la Reina. "Espero que me sostengan en el aire. Ha pasado mucho tiempo desde que volé por última vez."

Mientras tanto, la noticia del nacimiento de la Princesa se extiende por toda la colmena. ¿Qué sucederá? ¿Quién se va? ¿Quién se queda aquí? Las dos Reinas iluminan como dos faros a las abejas emocionadas. Algunas de ellas zumban su opinión: "¡Voy con la anciana madre al mundo! ¡Quiero ayudar a construir una nueva colmena!"

Otras dicen: "Me quedaré aquí con las jóvenes. ¡Me encanta esta vieja colmena!"

Mientras tanto, pasa el tiempo y se aproxima el mediodía en el mundo exterior. El sol está en lo alto del cielo. La Reina llama en voz alta a la colonia: "¡Quienquiera venir conmigo, tome un poco de miel para el viaje!"

Miles acuden a las cámaras de miel. El ajetreo y el bullicio son cada vez más intensos. Afuera, las que regresan del campo y del bosque son recibidas con gritos: "¡Guarden la miel! ¡Guarden el polen! ¡Llévense todo para el vuelo con la Reina! Las que se quedan, vayan hasta el fondo de la colmena y dejen libre la entrada."

Las abejas enviadas para informar sobre el tiempo regresan para decir que hay sol y un viento suave. Ahora nada retiene a las más ansiosas. Se agolpan en la puerta en grandes grupos, salen volando y forman enjambres que vuelan de arriba abajo, esperando a la Reina.

Finalmente, la Reina aparece en el tablero de aterrizaje frente a la puerta, acompañada por Rayo de Sol; extiende sus alas, se eleva en el aire y un enjambre de miles de abejas vuela detrás de ella. Parece una enorme nube de abejas. Una ráfaga de viento atrapa el enjambre y lo conduce más allá de la casa de los humanos, hacia el bosque. Las personas ahí paradas observan el enjambre y gritan con emoción.

El vuelo de la Reina la acerca al bosque. Se siente atraída por un tilo alto y hueco, que sobresale de los otros árboles. Cuando aterriza sobre una rama robusta, todo el enjambre la rodea para protegerla. La nube de abejas cuelga, como gran masa, de la rama. Rayo de Sol está muy cerca de la Reina y espera la primera instrucción.

La Reina está completamente agotada del vuelo y permanece quieta. Después de un rato, le susurra: "Tendremos que pasar la noche en este árbol, pero sería bueno que algunas exploradoras pudieran salir en busca de un nuevo hogar."

De inmediato, Rayo de Sol sale del centro del enjambre y les pide a algunas de sus hermanas que la acompañen;

les da indicaciones. “Busquen por todos lados un árbol viejo o un tronco de árbol hueco. Debe ser grande, de modo que todas nosotras quepamos en él.” Ella misma se interna en el bosque para buscar.



¿Quién Hallará Una Casa?

Las abejas exploradoras buscan por todo el bosque un nuevo lugar para vivir. Rayo de Sol descubre una abertura en un tronco de árbol, por la que entra a una pequeña gruta, cubierta de suaves y acolchadas plumas de ave, con huevos encima.

De repente, la entrada se oscurece. La madre ha regresado a casa y se posa sobre los huevos. No se percata de la abeja. Rayo de Sol apenas se atreve a moverse. "¿Me atrapará?" El ave está empollando tranquilamente y cierra los ojos. ¡Ahora es cuando! ¡Afuera!

Bajo un árbol, cerca de las raíces, Rayo de Sol encuentra un agujero. ¿Quizá haya una acogedora cueva allí? ¡Oh no! ¡Apesta a ratón! ¡Fuera, rápido!

Todas las exploradoras regresan al enjambre por la tarde. Nadie ha encontrado un nuevo lugar para vivir. Triste, Rayo de Sol lleva la noticia a la Reina. "Tal vez tengas mejor suerte mañana," la consuela la Reina.

La noche está muy fresca. En el exterior del enjambre, muchas abejas se han endurecido. Algunas caen al suelo del bosque porque ya no pueden sostenerse. Rayo de Sol no logra descansar esa noche. "¿Y si al siguiente día no encontramos tampoco una casa? ¿Y si llega una tormenta, con viento y relámpagos? El enjambre se desgarraría, perderíamos a la Reina y la colonia moriría." Estas tribulaciones mantienen despierta a Rayo de Sol.

Por la mañana, Rayo de Sol envía aún más exploradoras. Ella las acompaña y buscan entre los árboles y las rocas grandes. Sobre una pequeña colina, en medio del bosque, descubre la amplia entrada de una cueva. Se posa en el borde y se asoma a la oscuridad: hay mucho espacio aquí, incluso pudiera ser que el hueco fuera demasiado grande. Rayo de Sol siente una vibración extraña. Dos zorros jóvenes salen trabajosamente del hueco y deambulan cerca de la entrada. Rayo de Sol se aprieta contra la piedra. "¡Qué lástima que no podamos quedarnos aquí! La cueva está ocupada por bolas de pelaje con largas colas. ¡No nos llevaríamos bien con ellos!" Se aleja y continúa su búsqueda.



Una Aventura en el Árbol de Tilo

En la casa de los humanos, el apicultor habla con su hijo, Tony. "¡Qué pena que ayer el enjambre de abejas se alejó de nosotros hacia al bosque!"

Tony pregunta: "¿Qué hacen las abejas en el bosque ahora, Padre?"

"Quizás todavía están colgadas de un árbol."

"Padre, ¿qué les pasa a las abejas en el bosque cuando llega el invierno?"

"A menos que puedan encontrar una pequeña cueva o un hueco en el tronco de un árbol, se congelarán y morirán."

"Padre, ¿podemos recuperar las abejas del bosque?"

"Es muy difícil encontrar un enjambre en el bosque."

"Padre, ¡quiero ir a ver!" grita Tony, y sale de la casa corriendo.

"Dejémoslo ir," le dice el apicultor a su esposa. "No está desatendiendo sus quehaceres y pronto se cansará de buscar."

Tony llega al borde del bosque y mira hacia las copas de los árboles. Es un buen escalador y trepa algunos árboles para intentar descubrir a las abejas. Ya entre las ramas, espera un momento, cierra los ojos y se queda en silencio para ver si puede escuchar los zumbidos, pero solo se escucha el rumor de las hojas. No muy lejos del límite del bosque, se topa con un árbol de tilo. Piensa: Este hermoso árbol podría haber atraído a las abejas.

Sube el árbol y se asoma a la copa ... ¿Qué es eso? En lo alto del árbol, una masa oscura cuelga de una rama; ahora puede escuchar claramente que de ahí provienen los zumbidos y los murmullos. Tony sube un poco más para estar seguro de que sus ojos no lo engañan. ¡Sí! No hay duda de que es la colonia de abejas, que brilla en el sol de la tarde.

Tony refrena un grito de alegría que sube por su garganta; se desliza tan rápido por el tronco del árbol que desgarra sus pantalones, mas está tan feliz que no se da cuenta. Nunca ha corrido tan de prisa a casa. Cuando llega, grita: "Padre, padre, ¡lo encontré! ¡En el árbol, en el árbol de tilo!"

Al principio, su padre no le cree; piensa que Tony le está jugando una broma, pero va a buscar una escalera y una caja, y sigue a Tony al bosque. Encuentran el árbol. Sí, efectivamente, allí, arriba, está colgando el enjambre. Papá

prepara lo que necesita y sube por la escalera con la caja; quiere desprender el racimo de abejas de una sacudida para que caiga de la rama a la caja, y llevarlas de regreso a la casa.

Rayo de Sol no está en ese momento con el enjambre y la Reina. Acompañada de algunas de sus hermanas, sigue buscando un lugar para la colonia. La Reina espera ansiosa las buenas noticias. De pronto, un golpe como de trueno estremece el enjambre. El racimo de abejas cae suavemente dentro de la caja. Está oscuro como una cueva. Todas las abejas se abrazan fuerte alrededor de su reina. Por unos minutos, ¡reina el caos!

Después de un rato, las abejas se calman. La Reina se da cuenta de que están en una habitación con paredes; sube a la parte de arriba y las otras abejas la rodean para formar una nueva masa en la caja del apicultor. La Reina llama a Rayo de Sol. Nadie la ha visto; no está aquí. La Reina piensa con tristeza: ¿He perdido ahora a mi mejor ayudante?

El apicultor, tranquilo, lleva el enjambre a su casa. En la noche, cuando comienza a oscurecer, le regala una pequeña casa nueva dentro de una casa de abejas muy amplia, pero, ¿dónde está Rayo de Sol?

Se aproxima la noche y Rayo de Sol, aún con las manos vacías, regresa con las otras exploradoras al árbol de tilo.

Para su desgracia, descubren que todas las abejas se han ido. Sólo algunas pequeñas abejas se han quedado atrás, lloriqueando y quejándose encima de la rama, de donde el enjambre antes colgaba. "Se han ido y no nos esperaron," una de ellas gime. "¿Dónde las buscaremos? ¡Ni siquiera nos han dejado un mensajero!"

Rayo de Sol las consuela. "¡Vamos a buscarlas! Sin duda están cerca. Quizás ya encontraron un lugar. Cuando baje el sol, regresaremos a esta rama para ver si alguna de nosotras las ha encontrado."

Las abejas se lanzan a buscar a sus hermanas en el bosque, pero no hay señal de la colonia perdida. El sol comienza a bajar. Poco a poco, las solitarias zumbadoras se reúnen en el árbol de tilo. Entre ellas, Rayo de Sol. "Mañana continuaremos la búsqueda. ¡Las encontraremos!"

Se aprietan una contra la otra, formando una pelotita, para darse calor durante la noche. En plena oscuridad, Rayo de Sol mira el cielo y ve miles de chispas de luz. Oh, ¿cuántas luciérnagas deben de estar allá arriba? se pregunta. Seguro nos protegerán de las hormigas gigantes que pudieran subir a lo alto de este árbol.

Todas las otras hermanas duermen. Rayo de Sol es la única que sigue despierta. Una y otra vez piensa en su Reina: "¿Estaba infeliz conmigo? ¿Es por eso que me dejó atrás? ¿Estará enfadada porque no encontré un lugar para hacer

una colmena? Quizás sea mejor que mañana regresemos a nuestra antigua colonia y les roguemos que nos dejen regresar."

Por la mañana, el sol despierta un racimo triste de abejas heladas. Tan pronto se calientan, comienzan a buscar en el bosque cualquier rastro de su enjambre. Rayo de Sol comienza a desanimarse; aterriza sobre una flor de aspérula para conseguir un poco de miel con que fortalecerse. Está a punto de continuar su camino cuando una abeja de su antigua colonia aterriza junto a ella y la saluda amistosamente. "¡Buen día, Rayo de Sol! ¿No es genial que volvamos a ser vecinas en la casa de las abejas?"

Rayo de Sol trata de entender: "¿Qué quieres decir, querida hermana?"

"El apicultor le regaló a tu Reina y a toda la colonia de abejas una casa nueva. Muy cerca de nuestro tablero azul se encuentra el tuyo, y es rojo."

Por un momento, Rayo de Sol se queda muda del pasmo: ¿Qué? ¡Su Reina está en una nueva colmena en la casa de las abejas! Debe ir a comprobarlo enseguida. Grita con alegría: "¡Aída, hermana mayor!"

Quiere volar a la nueva colmena de inmediato, pero mejor dirige su vuelo hacia el tilo para contarles a las demás abejas las buenas nuevas. Después, todas podrán volar juntas a casa.





Una Alegre Bienvenida

A lo lejos, Rayo de Sol alcanza a ver la casa de las abejas. Debe mantenerse alejada de la piquera con el tablero de aterrizaje azul; en el tablero rojo hay mucha actividad. El aroma de su enjambre le indica qué comunidad es la suya. Junto con sus compañeras aterriza sobre el tablero y, ansiosas, se acercan caminando a la piquera. En cuanto la abeja guardiana las ve, grita con alegría: "¡Rayo de Sol ha regresado! ¡Abejita Rayo de Sol está de vuelta! Pensamos que te habías perdido ¿De dónde saliste? ¡Ve con la Reina! Te ha extrañado mucho."

Al abrirse paso por la nueva colmena, nada le parece familiar a Rayo de Sol, todo se ve muy estrecho. Sin embargo, sus hermanas le salen al paso para saludarla con alegría. Un fuerte zumbido se escucha por toda la colonia. Rayo de Sol se acerca a la Reina. "Majestad, estoy de vuelta. ¿En qué puedo servirle?"

La Reina se vuelve y responde aliviada: "¡Mi querida abejita Rayo de Sol! ¡Estás aquí de nuevo! Ahora todo está

bien." Pone sus dos patas delanteras sobre la cabeza de Rayo de Sol y susurra: "Tuve gran tristeza cuando pensé que estabas perdida. No he podido poner más huevos. ¡Dime cómo te fue! ¿También regresaron las otras hermanas?"

Rayo de Sol tiene mucho que contar. Una por una, las hermanas del árbol de tilo que se creía desaparecidas se acercan a la Reina para saludarla. La Reina se acerca a Rayo de Sol y le dice: "¡Ven! Acompáñame. Vamos a conocer la nueva colmena y decidiremos su diseño; todavía es pequeña y estrecha. Las abejas constructoras ya están preparando la cera para construir nuevas áreas y cámaras doradas. Con tu presencia, pronto pondré los primeros huevos, que serán la base de nuestra vida ¡en nuestra nueva colonia!"





Acerca del Autor

Jakob Streit es una persona muy querida en los países europeos de habla alemana. Formado como maestro Waldorf, tuvo un papel decisivo en el movimiento que introdujo el plan de estudios y la metodología Waldorf en el sistema escolar público suizo. Pasó una larga y fructífera carrera en su tierra natal, Berna, al pie de los Alpes, como maestro, escritor y conferencista.

Muchos de sus escritos son sus versiones de las historias que coleccionaba e investigaba. Ha creado todo un volumen de escritos para niños, basados en sus observaciones de la naturaleza. Es conocido en los círculos Waldorf por sus Animal Stories, incluyendo dos cuentos sobre las abejas, por *And There Was Light*, que relata las historias de la Creación mediante el Arca de Noé, y también por sus encantadores cuentos de gnomos y troles: *Liputto, Puck the Gnome* y *Little Gnome Tenderroot*.